

65-3  
48

4-15-7-91

400840  
MADE IN SPAIN

# ACTA

4

DE LA

SESION PÚBLICA CELEBRADA EN 31 DE MAYO DE 1880

EN EL

## LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE GRANADA

PARA

ADJUDICACION DE PREMIOS

EN EL

### CERTÁMEN

CONVOCADO POR ESTA SOCIEDAD



Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malogrado poeta

ALFONSO MARTINEZ

GRANADA.

IMPRESA DE PAULINO SABATEL,  
PLAZA DE BIBARRAMBLA,  
1880.

4-16-7-91

65-9  
18

# ACTA

4

DE LA

SESION PÚBLICA CELEBRADA EN 31 DE MAYO DE 1880

EN EL

## LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE GRANADA

PARA

ADJUDICACION DE PREMIOS

EN EL

### CERTÁMEN

CONVOCADO POR ESTA SOCIEDAD



Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del Sr. D. Juan de  
gracia poeta.

BALTASAR MATEO

GRANADA.

—  
IMPRENTA DE PAULINO SABATEL,  
PLAZA DE BIBARRAMBLA.  
1880.

Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malogrado poeta

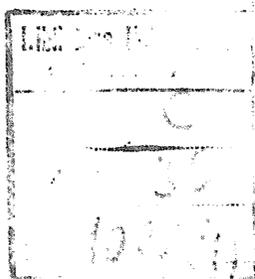
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

## ACTA DE LA SESION.

En la Ciudad de Granada á 31 de Mayo de 1880, en el Salon de sesiones del Liceo se abrió la presente con asistencia de un numeroso concurso compuesto de Autoridades, Comisiones de las Corporaciones científicas y literarias, individuos de la indicada Sociedad, Académicos y demás personas que habian recibido invitacion.

Presidia el acto la Sra. D.<sup>na</sup> Luisa Monís de Lopez Muñoz, quien con las Srtas. D.<sup>na</sup> Mercedes Góngora y Carpio, D.<sup>na</sup> Lina Contreras y Granja, D.<sup>na</sup> Francisca Javiera Cobos y Doña Aurora Lopez Muñoz, formaban el Tribunal de Honor que debia entregar los premios á los autores que los habian obtenido.

Á su derecha se hallaba una Comision de los distintos Jurados, compuesta del Excmo. Sr. D. José M.<sup>o</sup> Jaudénes, con el carácter de Presidente, D. Indalocio Abril y Leon y D. Cleofas Marin; y ocupando la mesa de la izquierda del Estrado se encontraban bajo la presidencia del Excmo. Sr. Capitan General del Distrito D. Adolfo Morales de los Rios, los Sres. Don Antonio Lopez Muñoz, Presidente general del Liceo, D. José Cotta y Serna, Vice, D. José de Lacalle, Secretario de la Academia de Ciencias y Literatura y el infrascripto como Secretario general.



Por las alumnas de la Escuela de Música que costea esta Sociedad, bajo la dirección del Sr. D. Antonio Guillen, se cantó á toda orquesta el «Himno al Genio del Arte» presentado á certámen, y cuyo lema es «Loor á Granada,» que ha obtenido como accesit Lira de plata, siendo aplaudido con entusiasmo.

Á seguida el Sr. D. Antonio Lopez Muñoz pronunció el discurso que se inserta á continuación, siendo interrumpido varias veces por los aplausos de la concurrencia, que al final hizo las mismas calurosas demostraciones.

El Excmo. Sr. D. José M.<sup>a</sup> Jaudónes, como Presidente del Jurado calificador, leyó un erudito y brillante discurso que también se inserta, obteniendo unánimes aplausos.

Se procedió á la apertura de los pliegos que contienen las firmas de los autores premiados, y cuyos lemas constan en el discurso del Excmo. Sr. Presidente del Jurado, resultando haberse obtenido los premios ofrecidos en esta forma:

### MÚSICA.

LIRA DE PLATA.—Sr. D. Mariano Blazquez de Villacampa.

### LITERATURA.

*Primer tema.*—«Rendición de Granada y entrada en ella de los Reyes Católicos.»—*Premio.*—PLUMA DE ORO Y TURQUESAS, regalo del Excmo. Sr. Gobernador civil de esta Provincia, Sr. D. Carlos Luis Cuena.—*Accesit.*—PLUMA DE PLATA, Sr. D. Juan Tejon Rodriguez.—*Mención honorífica,* Sr. Don Francisco Javier Gozalvez.

*Tercer tema.*—Oda á San Juan de Dios.—*Premio.*—GRANADA DE ORO, Sra. D.<sup>na</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Accesit.*—PLUMA DE PLATA, Sr. D. Aureliano Ruiz.

*Cuarto tema.*—Composición de metro y tema voluntario.—*Premio.*—PENSAMIENTO DE ORO, «Roma pagana,» Sra. Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

*Quinto tema.*—Tradicción granadina en prosa.—*Premio.*—PLUMA DE ORO, «La Cruz Blanca,» Sr. D. José Acosta y Werter.—*Accesit.*—PLUMA DE PLATA, «La Cruz Blanca,» Sr. D. Carlos Luis Cuena.

### PINTURA.

*Premio.*—CAMELIA DE ORO.—Cuadro de género del Sr. Don Juan Guzman.—*Accesit.*—CAMELIA DE PLATA.—Cuadro.—«El tránsito de San José,» Sr. D. Valentin Barrecheguren.—*Mención honorífica.*—Dos cuadros de género y paisajes, Sr. D. Emilio Millan Ferriz.

### ESCULTURA.

*Premio.*—CLAVEL DE ORO.—«Mater Dolorosa,» en barro, Sr. D. Francisco Morales.

Los autores presentes al acto, Sres. D. Carlos Luis Cuena, D.<sup>na</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez y D. Aureliano Ruiz dieron lectura en la Tribuna de sus poesías, recibiendo los premios del Tribunal de Honor, y los aplausos no interrumpidos de la concurrencia.

Los autores de las demás obras de arte recibieron sus premios igualmente, y por la ausencia de los Sres. Tejon Rodriguez, Barrecheguren y Blazquez, recibió sus premios de la Presidente el infrascripto como Secretario general.

Después se cantó el coro «La Caridad» Rossini, por las alumnas de la Escuela y las Srtas. D.<sup>na</sup> Luisa Gonzalez Zavala, D.<sup>na</sup> Asuncion Gonzalez y D.<sup>na</sup> Melehora Fauste, discípulas del Sr. Guillen, que recibieron entusiastas aplausos; terminándose la sesión, de que yo el Secretario certifico.—ABELARDO MARTINEZ CONTRERAS.

Donado á la Biblioteca  
Universitaria de Granada,  
en memoria del malo-  
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAÑ,  
PALABRAS PRONUNCIADAS

POR

D. ANTONIO LOPEZ MUÑOZ,

PRESIDENTE DEL LICEO.

Cuando en medio de las agitaciones que produce la lucha diaria de la vida, en la cual parecen agotarse nuestras fuerzas, se ofrece el espectáculo que vosotros ofrecéis de que, depuestos siquiera sea provisionalmente encontrados intereses y afectos, latan todos los corazones á impulsos de un mismo sentimiento y se muevan todas las voluntades á un mismo propósito, para venir á hacer de esta casa un templo en el cual se rinda culto á la majestad del arte, el espíritu se engrandee; y á través de los vapores que forman las tristezas de la realidad presente, como abrumada y empequeñecida por las sombras gloriosas del pasado, se vislumbran destellos de esperanza y se descubren llenos de luz los horizontes del porvenir.

Hay veces en que, fija la vista en el cuadro que presenta la patria, esta patria tan desgraciada y tan querida, en la cual parecen enmohecidos ó gastados los resortes de la vida, entibiada la fe, amenguado el valor, desconocido el derecho, desoida la ciencia, desencadenado el viento de las pasiones, hay veces, digo, en que se apoca el ánimo más sereno, como si no hubiera ya más bien ni más refugio para el genio español que volver tristemente los ojos á su pasada grandeza y llorar sobre sus ruinas. Pero á la contemplacion de estas magníficas fiestas del arte, de estas nobles competencias del trabajo intelectual,

se disipan como por encanto todos los temores y se despiertan todas las esperanzas; y en cada nota de la inspiracion que aquí poneis á tributo, y en cada movimiento de regocijo que en vosotros produce este homenaje sagrado, va envuelta una promesa de redencion para la patria; que siempre están en camino de regenerarse así los individuos como los pueblos, cuando no se ha cegado en ellos la fuente del sentimiento, siempre bienhechora y siempre fecunda.

La redencion por el sentimiento; la redencion por el amor; la redencion por el arte. Busque el genio germánico los derroteros de su prosperidad á la luz de la filosofia; ábralos el genio británico con la llave del comercio; extiéndalos el genio eslavo con las dilataciones geográficas; el genio latino, y singularmente el genio español, han de recorrerlo en alas del amor, porque eso pide nuestro carácter caballeroso y espléndido, eso pide nuestra historia, que es toda ella una expansion heroica del corazon, eso pide hasta nuestro clima, cuyas rosas parecen bocas entreabiertas de ángeles que sourien, y á través de cuyo cielo diáfano llegan á nuestra frente para iluminarla y á nuestro corazon para encenderlo los mismos resplandores de lo infinito. (*Aplausos.*)

¿Y es por eso ménos grande nuestra mision? ¿Es por eso ménos alto nuestro destino? No en verdad; porque si la inteligencia es la luz que orienta y la voluntad la fuerza que obra, el sentimiento es el fuego que impulsa. Quitad á la vida el sentimiento, y es como si quitárais la lumbré al sol, el canto á las aves, el aroma á las flores, el viento á las velas que cruzan la soledad de los mares y el vapor á esas máquinas que cruzan los campos arrojando al cielo columnas de humo como si fueran plegarias del trabajo humano. (*Aplausos.*) La idea sin el sentimiento es infecunda; la idea germina en la mente del sabio, y el sentimiento es la paloma mensajera que la lleva á la espada que defiende la patria; al cincel que arranca un latido de amor al corazon de la roca; á la pluma que copia las armonías de la tierra y del cielo; á la palabra que señala el punto de luz en los abismos de la conciencia; á la mano que une las co-

rrientes y las olas de apartados mares; al lente que descubre las ocultas maravillas de la Naturaleza; al arado que surca la tierra; á la constancia del mártir que cae en la arena del circo bajo las garras de los tigres de Hircania; á la cruz del misionero, que dejando hogar y familia y patria, va hasta los últimos confines del mundo á sufrir todas las inclemencias por conquistar un alma para el cielo. (*Aplausos.*)

Y el arte es la expresion más pura del sentimiento; el sentimiento es la nota y el arte es el concierto y la armonía; y así como el sentimiento late en todos los actos del espíritu, el arte tiende sus hilos de oro por toda la trama de la vida. Vosotros tendreis, seguramente, del arte la idea que yo tengo: el hombre ha de cumplir una mision; practicar lo bueno: para esto ha de conocer las justas relaciones de las cosas; tal es la ciencia: una vez conocido el bien, ha de amarlo y practicarlo; tal es la virtud; pero ha de practicarlo ejercitando su actividad siempre en armonía con las condiciones del objeto sobre que versa; tal es el arte. No basta conocer el bien y ejecutarlo con recto propósito; es necesario que los medios sean los conducentes al fin, y que la conducta sea por tanto un verdadero organismo, un conjunto adecuado, proporcionado, armónico; el arte es, pues, ante todo y sobre todo armonía, y la armonía es la fuente de la belleza. De ahí que el arte, como esencial que es á la vida humana, y por ser la vida humana un órgano del organismo universal, tenga en todas las esferas de la realidad sus elementos y resonancias. ¿Quereis ver en la Naturaleza el arte de la industria? Pues mirad el panal de las abejas. ¿Quereis saber dónde está la fuerza que impulsa las locomotoras? Pues mirad los volcanes. ¿Quereis saber dónde está ese flúido que trasmite la palabra con la rapidez del deseo? Pues mirad el rayo de las nubes. ¿Quereis saber dónde están las notas musicales? Pues atended al canto de las aves, al murmullo de los bosques y á los bramidos del mar. ¿Quereis saber dónde están los colores y los contrastes y los perfíles? Pues mirad el verdor de las hojas y los cambiantes del iris y los arreboles de la tarde. ¿Quereis modelos de arquitectura? Pues llegad á las grutas estalactíficas

que parecen palacios encantados, y penetrad en las selvas vírgenes de la Germania, que parecen catedrales góticas. ¿Queréis modelos de escultura? Pues ahí está el cuerpo humano. ¿Queréis fuentes de poesía? Pues mirad todo eso junto, percibid su ritmo y su cadencia, penetrad en el fondo del alma, seguid las corrientes de la historia, elevaos á la idea de lo absoluto como razón ordenadora y providente de la humanidad y del mundo y de todos los mundos que ruedan por el espacio, y decidme si hay algo más grande que el arte, siendo rico en armonías como la Naturaleza, libre como el espíritu y eterno como Dios. (*Aplausos.*)

¿Os cabe duda de que el arte trasciende á toda la vida como tejido necesario de su organismo? ¿Podeis desconocer que es, al mismo tiempo que el impulso, la vestidura de todo lo bello y de todo lo grande? Pues fijos en cualquiera relacion de la actividad humana, y vereis cómo son artistas los sabios y los guerreros y los santos y los mártires. Aníbal es artista, el artista del valor, cuando atraviesa los Alpes, ante cuyas fragosidades retrocede la misma fuerza de la tempestad, y cae sobre el corazón de Roma para prestar el juramento hecho á sus mayores y para vindicar la honra de su patria; porque hay en él un pensamiento heroico y un plan acabado y un fin elevado y noble. Newton es artista, el artista de la verdad, cuando sorprende la ley de gravitación universal que rige los orbes, mostrando la unidad del cosmos y dándola asimismo á la ciencia. Job es artista, el artista de la santidad, cuando levantando su cabeza, sobre la cual pesaba con inmensa pesadumbre el más duro de los quebrantos, convierte los ojos al cielo y bendice la mano que permite sus males, afirmando de esta manera el lazo de la piedad, que hace de la vida del hombre una bella semejanza de la vida de Dios. Colón es artista, el artista de la fe, cuando fiando sus esperanzas á frágiles leños arriba al fin á las playas americanas, que al decir del más grande de los oradores modernos, si no hubieran existido, Dios las hubiera creado expresamente para premiar la fe y la constancia del intrépido navegante. (*Aplausos.*) Guzman es artista, el artista del patriotis-

mo, cuando inmola la vida de un hijo por dejar ileso la bandera española, haciéndola despues ondear sobre los muros de Tarifa como emblema de ese amor bendito que hace de la patria un altar venerando; porque los sabios y los guerreros y los santos y los mártires tienen en su alma en grandioso compendio esa misma fuerza que hace reventar el volcan por la cima de la montaña, ese mismo flúido que enciende el rayo en las nubes, esa misma luz que pinta los colores del iris, esa misma armonía que sale del fondo de los bosques, ese mismo poderoso aliento que arranca un hondo bramido á las augustas soledades del mar.

Vosotros venís á consagrar espléndidas manifestaciones de las artes bellas, que son las más preciosas, porque muestran de un modo más brillante la esencia infinita, marcando con las claras intuiciones del genio los ideales humanos, en busca de los cuales suele la ciencia extraviarse en su trabajo de especulación. Y en épocas como la presente, en que el pensamiento, por un afán quizá immoderado de crítica, zozobra y se pierde en los abismos de la duda, conmoviendo hasta los cimientos de lo que parecía más arraigado en la conciencia humana; en épocas como la presente, en que difícilmente se mantiene el espíritu en el límite de lo debido y el análisis se convierte en escepticismo, la fe en superstición, el valor en audacia, la autoridad en despotismo y la libertad en licencia; en épocas como la presente, en que la luz de la convicción vacila y se apaga, el artista, y singularmente el poeta, hiere las fibras del sentimiento y lleva la mirada de los pueblos al ideal que, envuelto en los resplandores de su belleza, conmueve y auna las voluntades, abriendo nuevos caminos entre la bruma de ideas encontradas, dando al espíritu una tregua para que se rehaga y cobre aliento; y de este modo viene á ser la poesía el arca santa en que se salva acaso la conciencia de un siglo y en que se encierra el germen de vida de las siguientes generaciones.

Esa es vuestra obra; ved si no es cierto que está acaso en vuestras manos la redención de la patria; ved si no es cierto que los pueblos pueden redimirse por amor. ¿Cómo no, si la

redencion es siempre la obra del amor? Mirad si no el Calvario, y decidme si no se muestra el amor que inspiró aquella sublime tragedia hasta en la forma de la cruz, que tiene sus brazos siempre abiertos como para abrazar al mundo.

Vosotros, artistas, vais á recibir de una manera pública y solemne el premio de vuestra inspiracion y el galardón de vuestro esfuerzo; habeis rendido culto al sentimiento, habeis sentido correr por vuestras almas el fuego del sentimiento; pues bien, el sentimiento, que tiene en la mujer su expresion más pura, ha tomado cuerpo en ese tribunal de honor para coronar por su mano vuestras frentes. Así os corone tambien ante el tribunal de la Historia la mano augusta de la inmortalidad.—  
He dicho —(*Aplausos repetidos.*)

## DISCURSO

LEIDO POR EL

Excmo. Sr. D. José María Gaudénes,

PRESIDENTE DEL JURADO.

Pocas veces, nunca quizá, en el trascurso de mi vida, he podido considerarme más honrado que en esta ocasion, ni nunca tampoco he sentido más visiblemente que ahora la deficiencia de mis facultades para ejercer mi cometido.

La bondad de esta asociacion ilustre, que no mi voluntad, débil y sobrecogida ante la responsabilidad que afronto, ni mucho ménos mis merecimientos, escasos si no negativos, ante los de otros que pudieran muy bien haber ocupado este puesto, me proporciona hoy el honor, que cumplo con mucho gusto, aunque con la desconfianza que es hija de la escasez de mis fuerzas, de dirigiros la palabra, como presidente que he sido, aunque inmerecidamente, del Jurado de este certámen.

Mal aconsejado podríais juzgarme ciertamente, señores, si con motivo de este acto, que debe revestir, sobre todo y ante todo, un carácter y estructura especial, el de la censura y calificacion de las obras presentadas á nuestro recto é imparcial juicio, os hiciera yo, siquiera no fuese más que á grandes rasgos, la historia del origen y desenvolvimiento de estos verdaderos pugilatos de la inteligencia y del ingenio. Mejor que yo sabeis todos que tuvieron sus albores en Francia, en la ciudad de Tolosa, en los comienzos del siglo XIV; que se llamaron en un

principio *alardes de la Gaya ciencia*; más tarde, cuando empezaron á tomar formas dogmáticas, *Juegos de flores ó de amor*; que se concedían títulos de Bachilleres y de Doctores en favor de los mantenedores triunfantes en estos palenques, y que una mujer peregrina, inolvidable, Clemencia de Isaura, fué, si no la iniciadora, como algunos han supuesto, la protectora más activa, más diligente, más eficaz en la celebracion de esta clase de espectáculos, como entre otros actos de su vida, consagrada exclusivamente á las recreaciones del espíritu en su acepcion más culta y más acentuadamente intelectual, lo evidencia el singularísimo de haber dejado, por su muerte, bienes propios en cantidad importante, verdaderamente espléndida, en favor de la *Institucion conservadora de los juegos florales*.

Tampoco ignorais ninguno que, despues de invadir la práctica de ellos poblaciones de la antigua Galia, tan principales como la industrial Lion, la mercantil Marsella y la por tantos títulos nobilísima y famosa ciudad de Orleans, dentro de cuyos muros hubo trovadores que entonaron endechas en concursos de campo abierto, inspirados admiradores y copistas de la naturaleza en sus brillantes exhibiciones, célebres músicos llamados con justicia en aquellos tiempos *Cantores de la divinidad*, y renombrados escultores á quienes coronaron las hermosas por el éxito de sus producciones, penetró en la capital de aquella nacion, en Paris, la costumbre de contender los artistas en actos públicos á que de ordinario asistía el, si no sabio, discreto y galante rey que, con justicia, aunque con exceso de soberbia, se atribuía la personificacion de su Estado, y que, por último, rebasando los Alpes y horadando los Pirineos con la facilidad que hacen cortar largas distancias y pigmeos montes gigantes las ideas que llevan en sí el gérmen del progreso de la humanidad, cuya propaganda y aclimatacion no hay poder que pueda impedir, ni valla que contenga ni ataje, por oponerse á ello la alteza de su origen, lo providencial de su naturaleza, y porque, como hijas que son de soberano é incontrastable designio, allí van donde quiere llevarlas la excelsa sabiduría del Padre de la luz, del que todo lo puede, propagóse á Italia, aclimatóse

en España, y, en las más importantes y cultas poblaciones de ambos reinos, hubo justas y hubo flores para autores laureados. (*Aplausos.*)

Permitidme, señores, recordar un instante aquel período de gloria en que la alborada del Renacimiento iluminó el Occidente, y en que Italia y España encarnaron todo el movimiento artístico de Europa.

Entonces resonó la apasionada lira del célebre poeta de Arezzo, del que en Aviñon supo descollar entre los trovadores provenzales; del que, enamorado de la bella esposa de Hugo de Sade, vertió en sus sonetos y en sus tristes canciones la melancolía que el corazón le devoraba; del que fué coronado en el Capitolio; del genio, en fin, que se llamó Petrarca. Más tarde el Cisne de Sorrento, el inmortal Torcuato, escribe aquel libro grandioso en que conmemoró las heroicidades de Godofredo y el espíritu cristiano que llevara á los campeones de la Cruz á morir en las desiertas llanuras de Palestina. Y ved como la lírica del apasionado vato que fabricó en Valehusa el nido de ruiseñor de que salieron sus canciones, influyó en la española cuando, en las risueñas márgenes del Genil, se conocen Navegiero y Boscán que introdujo en nuestro Parnaso la dulce métrica italiana, la cual, á pesar de las rudas invectivas de Antonio Villegas, Cristóbal de Castillejo y el portugués-español Gregorio Silvestre, floreció con las sentidas églogas, con la verificación suave y adecuada á melancólicos pensamientos, con la sencilla estructura de las composiciones de aquel Garcilaso que suspiró sus endechas

«Cual suele el ruiseñor con triste acento  
quejarse entre las hojas escondido»

y que murió, como valiente y caballero, en el campo de batalla.

Es imposible mirar á aquella brillante época sin sentir los ojos fatigados por tanta luz y tan refulgentes resplandores. Á la vez que la poesía, la pintura fabricaba el pedestal de los grandes maestros del siglo XVII. Y vemos nacer la escuela

florentina con Brunelleski, que creó la perspectiva, y Pablo Vecello que la divulga; y agigantarse con Masaccio, que comprende el contorno de las figuras, la verdad del desnudo, se eleva á la expresion de los más difíciles sentimientos y siente el color y el claro-oscuro; con el enciclopédico Leonardo de Vinci, que nos admira en su memorable *Cena de Jesús*; con Miguel Angel Buonarroti, que dió á sus pinceles la energía de su cielo y nos asombra en sus maravillosos frescos *La creacion del hombre*, el *Profeta Joel* y el *Juicio final* de la Capilla Sixtina; con Fra Bartolomeo; con Andrés del Sarto, que hace visible la independencia de su genio en aquel lienzo portentoso con que se honra el Museo de Paris; con Carduci, Pomeranci y otros héroes de la pintura. En la escuela paduana, cuyo ideal fué el vigor del colorido, aparecen Melozzo de Forli, notable por su atrevimiento en los escorzos; Mantegna, que cultiva los asuntos de historia profana, y Bellini, el ilustre maestro de Ticiano. Así el arte, que reúne en el siglo XV los elementos que ha menester para su más brillantísima época, se lanza á las nubes del idealismo en el XVI, en que la escuela florentina, de que ya me he ocupado, la de Roma, la de Parma, la Bolonesa, la de Nápoles, la de Milan, la de Madrid, la Sevillana y la de Valencia, producen los gigantes de la pintura, que han asombrado al mundo con sus majestuosas concepciones. Rafael, el primero en el dibujo, en la composicion de sus cuadros y en representar la violencia de las pasiones con un exterior tranquilo; Ticiano, que da á las figuras una movilidad hasta entonces desconocida; el Tintoreto; el Veronés; Bassano, creador del género *costumbres populares*; Correggio, llamado *el hijo de las gracias* por sus armónicas combinaciones de la línea y el color, de la luz y de las sombras, y que ha enriquecido el Museo Parisien con la preciada joya *Los desposorios de Santa Catalina*; el Zingaro, que sobresale por sus hermosos frescos. Y en España, señores, surgen, allá por los siglos XV y XVI, la escuela castellana con Berruguete, que armonizó las buenas proporciones del cuerpo humano con la grandiosidad de las formas; Luis Morales, que adivinó la idealidad del desnudo, de los

efectos de la luz y la expresion, y que preparó el terreno á Velazquez, príncipe de los pintores; la escuela Sevillana con el correctísimo Luis Vargas; con el erudito Pablo de Céspedes; con Juan Roelas, émulo de Ticiano y Tintoreto; con Zurbarán, precursor del divino Murillo, que trasportó la luz del cielo al cuadro de su San Antonio y retrató la pureza de María en la celeste faz de sus Concepciones.

Y si sorprendente el desarrollo de la pintura, no menor el del arte que inmortalizara á Behetoven, Mozart, Háidy y Bellini. En la época á que me refiero, en la consagracion de Carlos V, óyese por primera vez una misa escrita para cuatro partes, misa que escribió Guillermo de Mauchault. En el siglo XV adelantó extraordinariamente el conocimiento de la armonía, y en el XVI se levantaron figuras como la de Després, ilustre maestro de la capilla de San Márcos; Petrucci, que aplicó la impronta á las publicaciones musicales; el celebérrimo Alfonso de La Viola, y el más celebérrimo Giovanni Pierluigi da Palestrina, cuya sublime inspiracion del *Miserere* hace aun oscilar las robustas bóvedas del Vaticano; aquel que dió á la música religiosa el carácter de soveridad que le faltaba, y fué restaurador del sentimiento en la melodía; Vitoria, en fin, uno de los más famosos músicos españoles.

Tal es el cuadro que nos presentan los siglos en que mayor preponderancia tuvieron los certámenes, pugilatos de la inspiracion artística. Y no me tachareis, seguramente, de exagerado, si os digo que el estímulo que tan nobles fiestas proporcionaba á los vates y artistas contribuyó á favorecer el movimiento y desarrollo del arte en sus múltiples manifestaciones. Ved aquí la gigantesca importancia del acto que el *Licco* acaba de realizar, importancia que no insistiré en evidenciaros, porque ya la apreciáis y conocéis, señores, quizá tan bien con mayor riqueza de antecedentes de los que yo os pudiera aducir, si lo intentara, en el presente caso; y por ello, y porque como antes os he dicho la índole de este trabajo no consiente ni permite consideraciones didácticas que pudieran muy bien acusar pretensiones que están fuera de mi propósito, ó perturbar de alguna manera



el corte y forma á que debe ajustarse, si ha de conservar íntegra, como deseo, la sencillez y severidad propia de los de su clase, concretaréme única y exclusivamente á exponeros el programa de esta Academia y las conclusiones ó fallos que se han desprendido del concienzudo y desapasionado análisis con que hemos intentado evacuar y llevar á feliz remate el encargo que se nos confiara.

Dividido el certámen en tres secciones, Poética, Musical y Artística, los premios dedicados á los temas de la primera, son: una pluma, una rosa, una granada, un pensamiento y otra pluma de oro; y sus accesits, análogos objetos de plata. Los premios del certámen musical, fueron: una lira de oro, y otra de plata como accesit. Los del artístico, una camelia y un clavel de oro, y por accesit una camelia y un clavel de plata, respectivamente.

Prueba de que no ha decaído en nuestra época el entusiasmo poético de los tiempos heróicos de la lírica española, es el número de composiciones presentadas al Jurado y que ascienden á setenta y nueve, de las que solo mencionaré las premiadas, por no molestar demasiado vuestra benévola atención.

El primer premio se ha concedido á la composición número 79, escrita en octavas reales y cuyo lema es *In hoc signo vinces*, atendiendo á la brillantez de su estilo y á los rasgos poéticos de primer orden que la avaloran; el accesit á la que tiene por lema

«*Dios solo es vencedor, bien lo confiesa*  
«*Desde Alhama, la nazarita empresa*»

y cuyo mérito relevante no ha lugar á dudas en la calificación, también benigna para la composición núm. 61, señalada con el dístico

«*En el Alhambra, en Granada,*  
«*Pendones han levantado*»

y que se juzgó merecedora de citarse, como lo hago.

Hemos declarado no haber lugar á la adjudicación de los premios del segundo tema, porque aunque varias de las composiciones presentadas indican evidentemente las cualidades poéticas de sus autores, ninguna respondia á la grandeza épica del asunto, y, en su mayor parte, carecen de inspiración.

Ha merecido el tercer premio, por mayoría absoluta del Jurado, la oda núm. 68, cuyo lema es:

«*La caridad es la llave que abre las puertas del cielo.*»

El accesit, la oda núm. 62,

«*Granada fué su cruz, y esa es su gloria.*»

La mención honorífica, la que tiene por lema

«*Charitas patiens est.*»

El pensamiento de oro, ó sea el cuarto premio, cuyo tema es libre, se ha adjudicado á la poesía

«*Roma pagana.*»

Y, á pesar de que, entre las demás composiciones que aspiraban al premio, se encontraron algunas merecedoras de estimación, no se creyó justo concederles el accesit.

Examinados detenidamente los trabajos que optaban á merecer el premio quinto, adjudicose este «por unanimidad» á la sentida tradición que tiene por título:

«*La cruz blanca*»

y por lema

«*Pulvis erit.*»

Y el accesit á la que, con idéntico epigrafe, es su lema:

«*Su hermosura toda y su resplandor como flor de heno.*»

(Isaias, cap. 2.º, v. 6.)

Tal ha sido el resultado del certámen poético.

En lo que toca al musical, el Jurado calificador, despues de excluir una de las composiciones presentadas que no respondia á lo que el programa exige; atendiendo á que el *Himno en partitura*, que es la otra, llena las condiciones prescritas, presentando una estrofa á solo y un coro que reproduce por tres veces aumentando la brillantez; á que su estilo es adecuado y ofrece gusto, salvo en casos excepcionales; á que demuestra el autor conocer los principios del arte, manejando bien las voces y notablemente la instrumentacion; y teniendo tambien en cuenta que, probablemente por falta de práctica, no coloca en el solo la letra con la naturalidad apetecida, presentando repeticiones importunas, ha declarado no haber lugar á la adjudicacion del premio, y conceder solo el accesit al himno á que me acabo de referir.

En el certámen pictórico se adjudicó el primer premio «la camelia de oro» á un cuadro de género que representa unas jóvenes hablando y cantando en un jardín y acechadas por dos viejos verdes. El accesit «la camelia de plata» se ha concedido á un cuadro de género religioso, *La muerte de San José*, sintiendo el Tribunal disponer tan solo de menciones honoríficas para las obras del Sr. Millan Ferriz.

El «clavel de oro,» premio á la escultura, lo ha merecido *La Mater Dolorosa*; y se ha declarado no haber lugar á la adjudicacion del accesit.

He terminado.

Pero no dejaré en el silencio la complacencia que inunda mi corazon al contemplar cómo reverdecen las tradicionales glorias del *Liceo Granadino*; de la corporacion que ha dado á la patria los nombres ilustres de Gertrudis Gomez de Avellaneda, la popular poetisa; de Dolores Gomez de Cádiz, del clásico y correcto Burgos, del erudito y castizo Fernandez Guerra, del profundo historiador La-Fuente Alcántara, de Cañete, García Valenzuela, Amador, Ortiz de Zúñiga, Andreo Dampierre y mil eminencias más que, ora en el campo de la literatura, ora en el de la política y el de la administracion, ora en el de las ciencias y de las artes, han resplandecido al modo que los so-

les resplandecen en las sombrías llanuras sidéreas, inundándolas de luz y de calor con sus amorosos efluvios.

Yo siento, señores, dilatarse mi alma al recordar la inmarcesible historia de este *Liceo*; figúrome asistir á aquellos concurrecidos certámenes que nada tenían que envidiar á los que se celebraron en las risueñas márgenes del Alfeo y al soplo vivificador de las templadas brisas de la Élide, á los que fueron en Tolosa alardes esplendorosos del *gây-saber* y de la ilustracion provenzal; figúrome oír el argentino timbre de las bellas damas que supieron interpretar las misteriosas inspiraciones de Verdi, de Donizzetti y de Rossini, y las dramáticas escenas del teatro clásico español, el más grande, el más nacional y el más sublime de los teatros del mundo; figúrome, en fin, ver aun las negras líneas de aquel periódico en que vertieron á torrentes prodigios de su imaginacion los escritores y los poetas granadinos.

Y no es un sueño, es la realidad, señores, lo que finge mi fantasía; es que el Liceo se levanta sobre el pedestal de su pasada grandeza; es que se ha iniciado, dentro de él, un período de movimiento y de estímulo que ha de hacerle otra vez acreedor al cetro de la literatura y de las artes españolas.—HE DICHO.—(*Prolongados aplausos.*)

# PRIMER TEMA.

---

PRIMER PREMIO.

PLUMA DE ORO Y TURQUESAS.—*Regalo del Excmo. Sr. Gobernador civil  
D. José María Jaudenes.*

---

## RENDICION DE GRANADA Y ENTRADA EN ELLA DE LOS REYES CATÓLICOS POR D. CARLOS LUIS CUENCA.

---

Al Marqués de Seoane, Senador del Reino.

---

†

IN HOC SIGNO VINCES.

El premio del esfuerzo soberano  
De siete siglos referir ansío  
Y el día memorable en que el cristiano  
Deshizo del infiel el poderío.  
Y sin audacia y sin orgullo vano  
Los quiere reflejar el canto mío  
Que... humilde se desliza el arroyuelo  
Aunque en sus aguas se retrate el cielo!

¡Cruz sacrosanta que el cristiano adora!  
¡Lábaro augusto que al infiel aterra!  
Enseña de mi Patria vencedora,  
Heróica siempre en la gigante guerra!  
Hoy buscando tu sombra protectora,  
Que ámplia se extiende en la española tierra,  
Llega el poeta, y entusiasmo santo  
Viene á pedir para entonar su canto!

I.

No en vano en Covadonga concibieron  
Titánica campaña los vencidos.  
Puesta en Dios la esperanza la emprendieron  
Del amor de la patria enardecidos,  
Y siglos tras los siglos trascurrieron  
Dejándoles luchando decididos  
Sin desmayar en la incesante hazaña  
De recobrar á su perdida España.

Con la fe siempre igual, que á las naciones  
Sublime ejemplo para siempre sea,  
De la lucha á la tumba los varones  
Iban, y de la cuna á la pelea.  
Cuando una noble raza de leones  
Camina en pos de levantada idea,  
Con fe segura y con valor constante,  
¿Quién contra su poder será bastante?

Como el alud, que la nevada frente  
De la montaña altísima dejando,  
Al hondo valle arrójase valiente,  
Y su mole y sus fuerzas aumentando,  
Llega por fin con ímpetu creciente  
Obstáculos inmensos arrastrando.....  
Así, para colmar su firme anhelo,  
El cristiano valor... bajó del cielo!!

Palmo á palmo el cristiano recupera  
La tierra por el árabe usurpada,  
Y allí va señalando su frontera  
Adonde alcanza el filo de su espada!  
La altiva raza, en su triunfal carrera,  
Se extiende por la tierra conquistada  
Y... ganando en la lucha sus coronas,  
Álzanse reinos en las varias zonas.

Brotan así, y en rumbos diferentes  
Se van los arroyuelos deslizano,  
Y así marchan distintas sus corrientes  
El terreno que cruzan fecundando,  
Hasta que al fin, por varios accidentes,  
Unos á otros viénense juntando  
Y hállanse al cabo, todos reunidos,  
En caudaloso río convertidos.

Y así los varios reinos sus legiones  
Por distintas comarcas conducian,  
Y sus más esforzados campeones  
Las tierras que pisaban sometian.  
De modo igual propicias ocasiones  
Uno con otro reino reunian  
Hasta llegar al término dichoso  
De formar uno solo poderoso.

II.

Lo quiso el cielo y de la causa honrada  
Remuneró piadoso el noble anhelo.  
La mirada de Dios fué derramada  
Pura y radiante sobre el patrio suelo,  
Y al divino calor de su mirada  
Tomó vida un amor, fruto del cielo,  
Que unió dos reinos bajo el yugo blando  
De la reina Isabel y-el rey Fernando.

Era Fernando de gentil aspecto,  
Caballero cortés, fuerte soldado;  
Frio y razonador en el proyecto;  
Atrevido en el plan y reservado;  
Tenaz y altivo en el llevarlo á efecto;  
Y en sus empresas siempre afortunado,  
Siendo de sus venturas la primera  
El lograr á Isabel por compañera.

Isabel... Isabel... Su nombre hermoso  
Como la aurora al sol, la gloria anuncia:  
Solo, con entusiasmo fervoroso,  
Por honrarse, mi labio lo pronuncia;  
Mas no haré su retrato; respetuoso  
Á esfuerzo tal mi espíritu renuncia  
Ya que impresas están sus perfecciones  
En todos los honrados corazones!

Sobre el egregio trono colocada  
Fué de Isabel idea preferente  
El terminar la lucha prolongada  
Á través de los siglos subsistente,  
Y por la fe, su mente iluminada,  
Sabia, serena, enérgica y prudente  
Quiso primero la inmortal princesa  
Que fuera el héroe digno de la empresa.

De la justicia restauró los fueros,  
Firme piedra angular de las naciones,  
Y consiguió, de los magnates fieros,  
Borrar las enconadas disensiones;  
Logrando al fin que nobles y pecheros  
Pudieran demostrar con sus acciones  
Que por Cristo emprendieron la jornada  
Y era una cruz el pomo de su espada!

Y en pos de aquellos siglos ya pasados  
Llegó al fin el histórico momento,  
Y abrióse á entrambos pueblos esforzados  
Palenque decisivo de su intento;  
Y con sus damas, grandes y prelados  
La misma Reina acude al campamento  
Y ella lleva la cruz, invicta palma!  
En su corona... y todos en el alma!

### III.

El premio que estimula en la porfia  
Preciado galardón del venturoso  
Quiso Dios prevenir, de tal valía  
Que fuera orgullo y prez del victorioso,  
Y puso en la región de Andalucía,  
Por los rayos de un sol esplendoroso  
Con mágicos destellos esmaltada,  
La rica joya... la sin par Granada!

¡Realidad de un sueño de la mente!  
¿Quién ante su belleza no se asombra,  
Al verte reclinada blandamente  
Sobre la persa recamada alfombra?  
¿Quién respira tu aromado ambiente  
Y halla en tus bosques la encantada sombra  
Y tus tesoros vé, gloria del arte,  
Ya no es posible nunca el olvidarte!

Porque lleva en el alma retratada  
La blanca sierra de gigante altura  
Sobre el azul del cielo dibujada,  
Y la ancha vega de eternal verdura,  
Y del Genil la cinta nacarada  
Donde la luna pálida fulgura,  
Y escucha al Dauro en su región umbría  
Correr con melancólica armonía...

Tal la hizo Dios que el árabe al hallarla  
En su corona la engarzó por perla.  
Era favor del cielo conservarla  
Y terrible castigo fué perderla;  
Que tardó el agareno en adornarla  
Los siglos que el cristiano en merecerla  
Y resumía de la raza mora  
La rica fantasía creadora!

Asidua abeja trabajando activa  
El calado panal de su colmena,  
Mejora el néctar que en las flores liba  
Y del licor dulcísimo le llena  
Y cuando al fin tan anhelado arriba  
Patrimonio lo vé de mano ajena!  
¡De igual manera los artistas moros  
Labraron y perdieron sus tesoros!...

### IV.

Del arabesco alcázar encantado  
En solitaria estancia misteriosa  
Velando está Boabdil desventurado  
En fría noche triste y silenciosa,  
Que aleja el dulce sueño codiciado  
La voz de su conciencia pavorosa,  
Y deja inquieto su revuelto lecho  
Aire buscando al oprimido pecho.

Pálida luz al ajimez llegaba,  
Y la columna de su centro erguida  
En sombra sobre el muro retrataba;  
Y la rama de un álamo tendida  
La sombra horizontal que proyectaba  
¿La primera miró con tal medida...  
Que en su Alhambra, Boabdil vé con espanto  
De la cristiana Cruz el signo Santo!

La claridad que el blanco pavimento  
Alumbra con tristísimos fulgores  
Los muros del alcázar opulento  
Reflejan en sus múltiples labores;  
Las leyendas del árabe aposento  
Centellean con cárdenos colores  
Y sus calados trazos alterando  
Otras frases distintas van formando.

Fija Boabdil la vista conturbada  
Y las vé sin cesar contar las glorias  
De aquellos que han sitiado su Granada  
Tras década brillante de victorias,  
Y aparta con vergüenza la mirada  
De aquellas inscripciones ilusorias  
Y «¡Ay de mi Alhambra!» dice ahogado en llanto,  
«¡Ay de mí, triste, que rompí tu encanto!

—>¿Por qué la luz que en esas cifras brilla  
»Hazañas de Pulgar, aquí pregona  
»y de Calbra, el de Cádiz y Tendilla  
»y de Gonzalo la bravura abona?  
»Por qué cruel repite que me humilla  
»Una débil mujer que en su corona  
»Lleva una cruz, y quiere la fortuna  
»Que hunda en el polvo á mi menguada luna?

»¿No basta mi fatal remordimiento  
»Que en llanto de dolor el rostro anega?  
»¿No basta que recuerde el pensamiento  
»Que dí á mi patria la civil refriega?  
»¿No apresuré yo mismo este momento  
»Que vá á llegar de la humillante entrega?...  
»Bajo ominosa estrella fui nacido!  
»Dios así me formó. Dios lo ha querido!

Hundióse así la mente envilecida  
Del fatalismo en la mezquina fosa  
Y en imbecil letargo adormecida  
Quedó un momento el alma temerosa;  
Mas presto con violenta sacudida  
Despertó al escuchar voz pavorosa  
Que en la cóncava cúpula sonaba  
Y hasta el fondo del alma penetraba.

— «¡Ay del Islam, decía, que la palma  
»No lograste en el trance decisivo  
»Esclavo el pensamiento, yerta el alma  
»Y en la molicie tu vigor cautivo!  
»¡En copa de placer buscaste calma  
»Y el tósigo, bebiste, corrosivo  
»Y en ponzoña tu sangre convertida  
»La derramaste en lucha fratricida!

»Piedra que se abandona en el abismo  
»Húndese por sí sola y desaparece.  
»¡Raza que ciega adora al despotismo  
»Al abismo se lanza que merece.  
»¡Nacion sumida en torpe sensualismo  
»Ella fomenta el fuego en que perece  
»Y en las yertas cenizas de su gloria  
»Queda cerrado el libro de su historia!

V.

Siguiendo su carrera misteriosa  
Huyendo vá la sombra lentamente  
Y la azulada niebla vagorosa  
Abre el brumoso seno por Oriente,  
Y entre leves celajes de oro y rosa  
Aparece del sol la roja frente  
Que el cielo esmalta y á la tierra envía  
La luz primera del ansiado día.

Al tiempo que su canto melodioso  
Entonaban las aves á la aurora,  
Hierva un rumor alegre y bullicioso  
En la cristiana gente vencedora,  
Y suena el estampido majestuoso  
Del hueco bronce de la Alhambra mora  
Que anuncia en ecos por la extensa vega  
El momento solemne de la entrega.

Aún envueltas en niebla sus almenas  
Granada destacaba sobre el cielo  
Como la esposa que descubre apenas  
El bello rostro bajo el blanco velo!  
Las huestes de la Cruz, de gozo llenas,  
La contemplaban con ferviente anhelo,  
Húmedas las pupilas y radiantes  
Y de ansiedad los pechos palpitantes.

Pífanos y atambores, con estruendo  
Dan la señal: el campo se levanta,  
Y la sagrada púrpura vistiendo  
El cardenal Mendoza se adelanta:  
Van los prelados del Señor siguiendo  
Como cortejo de la enseña santa,  
Y los guerreros, pajes y donceles  
Que por ella lograron sus laureles.

En su corcel brioso cabalgando,  
Airoso el rey sobre la rica silla,  
Sus bizarros ginetes va mandando,  
Prez de Aragon y gala de Castilla,  
Y á una mezquita arábica llegando  
Que hay de Genil junto á la fresca orilla  
Quédase el rey triunfante detenido  
Esperando que llegue el rey vencido.

Lentamente se acerca silenciosa  
La triste comitiva que se espera:  
Abatido Boabdil: bella y llorosa  
Moraima su infelice compañera;  
Anciana pero erguida y desdenosa  
Aixa en su infortunio altiva y fiera  
Y los que fueron gloria del combate  
Y hoy el quebranto y la vergüenza abate!

—»Estas, dijo Boabdil con triste acento,  
»Las llaves son del bello paraiso,  
»Á tí, rey venturoso, las presento...  
»No hay otro Dios que Dios y así lo quiso!  
»Él, que señala desde el alto asiento  
»Al bien y al mal el límite preciso,  
»Él, que vertió el dolor sobre mi cuna  
»Te dé, rey ensalzado, más fortuna!

Afable el rey, tomándolas, responde:  
—«No el ánimo te falte por tu suerte  
»Porque es la adversidad crisol, en donde  
»Depura su virtud el varon fuerte.  
»El bien que huye á tus ojos y se esconde  
»Nuestra amistad podrá quizá volverte.»  
Dijo y tras un recíproco saludo  
Siguió Boabdil su marcha triste y mudo.

Ya en su carrera el luminar del día  
Tres horas de la tarde señalaba  
Y la ansiedad en que su pecho ardía  
Isabel en su rostro retrataba;  
Y llegaba á su colmo la agonía...  
Y algun azar siniestro presagiaba...  
Y á sus pupilas se acercaba el llanto...  
Cuando vió de la Cruz el signo santo!

Era la Cruz de plata, refulgente  
Por los rayos del sol iluminada,  
Que alzaba el Cardenal solemnemente  
De *Giáfar* en la torre levantada,  
Y todo aquel ejército valiente  
Se postró ante la enseña venerada  
Todos ¡«Granada, sin cesar gritando,  
Por la Reina Isabel y el Rey Fernando!»

Al entusiasta grito de alegría  
En la region del viento se mezclaban  
Clarines y atabales que á porfía  
Los ecos de la sierra fatigaban,  
Y de la resonante artillería  
Estampidos continuos estallaban.  
Todo formando un solo pensamiento.  
—»Bien vale siete siglos tal momento!»

Y humillando despues la altiva frente  
Ante el sumo Señor de lo creado,  
Doblando la rodilla reverente  
Desde el Rey hasta el último soldado,  
Á la bondad de Dios omnipotente  
Canto de gratitud fué levantado  
Y jamás tan sentido ni tan tierno  
Subió del mundo al trono del Eterno!

Ya ganan de la Alhambra las alturas  
Reyes, damas, caudillos y peones...  
Y las moradas del placer impuras  
Honra por fin la cruz de sus pendones;  
Reflejos de cristianas armaduras  
Destellan de Alhambra en los blasones  
Y resuena en la corte musulmana  
La hermosa y rica fabla castellana.

—«¡Señor, ya de Pelayo el pensamiento  
»(Dijo Isabel) cumplimos este día:  
»elevada tu cruz hoy te presento  
»en toda la española monarquía.  
»Manda á tu sierva, oh Dios!..» y en suave acento,  
La Reina oyó una voz que le decía:  
»Un mundo existe en los ignotos mares  
»Donde á la cruz elevarás altares!»

# PRIMER TEMA.

ACCESIT.—PLUMA DE PLATA.

RENDICION DE GRANADA  
Y  
ENTRADA DE LOS REYES CATÓLICOS,  
POEMA DESCRIPTIVO  
POR  
D. Juan Tejon Rodriguez.

*Al Excmo. Ayuntamiento de Granada  
y á su ilustrado Gobernador Civil el Excmo. Sr. D. José M.<sup>o</sup> Jaudenes,  
dedica esta incorrecta composicion*  
El Autor.

Dios solo es vencedor. Bien lo confiesa  
Desde Alahmar la nasorita ompresa. (1)

Ángel intercesor que desde el cielo  
Diriges tu mirada protectora  
Á mi patria querida, en raudo vuelo  
Ven á prestar tu auxilio al que lo implora.  
Ineficaz sin tí fuera mi anhelo;  
Mi mente es lobreguez, tú eres la aurora;  
La fe con su raudal mi pecho anega  
Mas la fe, ángel de luz, sabes que es ciega.

Tú alentaste á los bravos campeones  
Timbre de honor de la fecunda España;  
Por tí besaba el aura sus pendones •  
Sobre las altas tiendas de campaña.  
Tú diste rico esmalte á sus blasones,  
El noble afan trocando real hazaña;  
Tú, destello inmortal de eterna gloria  
Das al libro veraz de nuestra historia.

De rodillas te evoco, destocado,  
Tus alas hiendan rápidas el viento,  
Por tu esplendor vivífico guiado  
Audaz remontaré mi pensamiento.  
Mi corazón se ensancha entusiasmado  
Al percibir tu inspirador aliento:  
Si en él enciendes creadora llama  
Será mi voz el eco de la fama.

Desplega, ángel custodio, trasparente  
El velo de los siglos á mi vista;  
Díctame tú, describiré fielmente  
La página final de la Conquista;  
Y veré á D. ALFONSO armipotente  
Que no hay poder que á su poder resista,  
Y en prendas de valer á más altura,  
Absorto, de ISABEL la gran figura.

Dame del griego admirador de Aquiles  
La inspiración y cantaré sin miedo:  
Haz que entre ensueños de ilusión febriles  
Me aleccione el cantor de Godofredo;  
Él desiertos, ciudades y pensiles,  
Odio, amor, esperanzas y denuedo  
Describe fiel, cifando una diadema  
Que deslumbró al que admira su poema.

Bajel errante que en los mares flota  
Desarbolado y á merced del viento  
Que lo impele tal vez á playa ignota,  
Demanda tu favor mi entendimiento.  
Á la orilla condúcceme remota  
Del golfo del pasado turbulento;  
¡Ah! Mi imaginación si tu luz brilla  
Alcanzará la codiciada orilla.

¡Virgen de las Angustias! por Patrona  
Una ciudad te aclama reverente,  
Un poético pueblo que blasona  
En tu mármoleo templo de creyente.  
De tu radiada, espléndida corona  
Baje un destello á iluminar mi frente:  
Un día te invoqué con esperanza;  
No en balde puse en tí mi confianza.

Si de la poesía en los verjeles  
Lauros llegué á alcanzar, no me enyaneceo;  
Tuyos son, madre mía, los laureles;  
Sin tí ni aplauso ni laurel mereceo.  
Tú me has contado entre tus hijos fieles,  
Yo al pie de tus altares me enardeceo;  
Refugio y pabellón busco en tu manto;  
Bajo sus pliegues alzaré mi canto.

¡Ay de la corte de Alahmar riente!  
Del Islam se ha eclipsado la fortuna:  
La margen del Genil ocupa gente  
Que fe y valor á la esperanza aduna.  
Cruzados son cual los que allá en Oriente  
Eclipsaron la odiosa media luna;  
Nube que con sus rayos amenaza  
De la expulsada Agar la impura raza.

Ricos-hombres, caudillos hazañosos  
Contra el musulmán sostienen la bandera,  
Y á Granada se acercan afanosos  
Sus galas al mostrar la primavera.  
Cantares, ya guerreros ya amorosos,  
Llegan desde el adarve á la pradera  
Y el bruñido metal en movimiento  
Da destellos al sol, rumor al viento.

Al disipar las sombras la alborada  
Se oye el trinar de alegres ruiseñores  
Misterios descubriendo á la enramada  
De secretos, dulcísimos amores.  
Á los besos del aura perfumada  
Despiertan entreabriéndose las flores,  
Y en sus fragantes cálices se posa  
La versátil, pintada mariposa.

Ya de la vega granadí los sotos  
Y de las *almunias* los parrales, (2)  
Las frescas alamedas y los cotos  
Reverdecen y viñas y frutales.  
Eleva el sitiador fervientes votos  
Hechizos contemplando sin rivales  
Porque antes de secarse aquellas hojas  
Caigan en sangre de protervos rojas,

Purpúreas nubes de sin par belleza  
De la tarde dosel resplandeciente,  
Forma y tintas cambiando con presteza  
Mano invisible pliega en Occidente:  
La ancha bóveda ostenta en su riqueza  
Escudo de un Señor Omnipotente  
Sobre campo de azur fajas de oro  
Y un sol de luz siniestra para el moro.

Dejaron los bizarros paladines  
Hembras, saraos, cacerías, danzas,  
Que olvidando placeres y festines  
Los escitan gloriosas remembranzas.  
Queden para las damas los cojines  
Y apóyense los hombres en sus lanzas,  
Siendo el ferrado lecho del guerrero  
El duro arzon de su corcel ligero.

Encubertado el palafren, la rienda  
Impaciente sacude, y el ginete  
Audaz provoca al moro á la contienda  
Armado de la espuela hasta el almete.  
Ya se aproxima la ocasion tremenda:  
Moriscas joyas que enviará promete  
Á la dueña feliz de su albedrío  
Cuya banda ciñó por atavío.

La más egregia dama se desvela  
Por dar completo ensanche á su Castilla;  
Tal vez la inspira en sueños Berenguela  
Y el que expugnara á Córdoba y Sevilla.  
Con la cruz coronar la Alhambra anhela,  
Acampar del Genil quiere en la orilla;  
Lleva á su voluntad sujeto el rayo  
Que encendió con su aliento D. Pelayo.

De Aragon la soberbia monarquía  
Nacida entre los riscos del Pirene  
Mostró que el progresar de su energía  
Ningun pujante valladar contiene:  
Ágnila fué caudal que dejó un día  
El alto nido que entre cumbres tiene  
Y que al potente impulso de su anhelo  
Difunde la inquietud bajo su vuelo.

Castilla y Aragón fueron alzando  
Contra el soberbio infiel fuerte barrera:  
Los leones se ven siempre avanzando,  
Las barras van en su triunfal bandera.  
Un noble aragonés quinto Fernando  
Y una Isabel sin par como es primera  
Dando á España unidad y ricas zonas  
Para siempre han fundido sus coronas.

Mas ¡ay! ¡Cuántos asaltos y batallas  
Preside el ángel de exterminio y guerra!  
El escombros al caer de las murallas  
Se empapa en sangre que encharcó la tierra.  
En vano es que á la cruz le opongan vallas  
En puerto, bosque, poblacion ni sierra:  
Torne el feroz alárabe al desierto;  
Tarik y Muza y Almanzor han muerto.

¿Qué se hicieron las tribus invasoras  
Que el gótico poder avasallaron?  
Taifas almoravidos opresoras  
Tras el Omeya resplandor pasaron;  
Los almohades sus felices horas  
En deleites tambien precipitaron:  
Los cármenes del reino nascrita  
La maldicion de Alah llevan escrita.

Su amparo en vano el bereber implora,  
Pertinaz renovando la pelea,  
Que la insignia adorable redentora  
En el pendon de la victoria ondea.  
Tan solo de Alalumar la cörte mora  
La discordia ilumina con su tea;  
Quebrantado el imperio granadino  
Marcan su fin las tablas del destino.

Bellos alicatados adornaban  
Floreadas *aleyas* y ataufía. (3)  
Oriental *alhamí* donde se hallaban (4)  
La ostentacion y el gusto en armonía.  
El rumor de los pasos apagaban  
Alcatifas de Persia, y ascendia  
Del pebetero el humo perfumado  
Al alerce del rico artesonado.

Con dulce soplo al apagar la aurora  
Las lámparas del ancho firmamento,  
Guardando el sueño á la beldad que adora  
El *Zogoby* penetra en su aposento. (5)  
En vela está Moraima, inquieta llora,  
Pues la oprime fatal presentimiento;  
Y de Boabdil se escucha en su retiro  
No una frase de amor, sino un suspiro.

—Paloma del pensil de los placeres  
¿Por qué tiemblos?—El águila orgullosa  
Va á asaltar nuestro nido.—No lo esperes.  
—¡Se cernió tantas veces victoriosa!  
—Sus alas cortarán mis bereberes.  
—La fortuna y la dicha cual la rosa  
Dan, Boabdil, su fragancia regalada,  
Y hoja tras hoja vuelven á la nada.

—Deliras, á juzgar por tu lenguaje.  
—¡Ay emir! Son fundados mis temores.  
—En la roca se estrella el oleaje  
Que en alta mar destroza en sus furoros  
El cúbaro, y su espuma cual encaje  
Se deshace: esos fieros vencedores  
Caerán de la alta Alhambra bajo el muro.  
De nuestro amor el nido está seguro.

—¡Ay! Ni de Gibralfaro la grandeza,  
Ni de Guadix ni Baza el formidable  
Poderío sirvió: no hay fortaleza  
Del hado ante el decreto irrevocable.  
—Castigaré al infiel.—Con entereza  
Boabdil grita.—Mi gente es indomable.—  
Y Moraima suspira.—No hay bonanza,  
Emir, cuando se nubla la esperanza.

—Cálmese tu inquietud.—¡Ay! la gacela  
Presiente los peligros.—Y el leopardo  
Dentro de su cubil jamás recela.  
—Mas la tórtola libre evita el dardo  
Del cazador si á la montaña vuela  
Al acercarse aquel con paso tardo.  
—Pues huye y abandóname á mi suerte.  
—De tí no ha de apartarme ni la muerte.

Más al rudo combate prefiriera  
La grata paz y á los frondosos huertos  
El sencillo aduar y la palmera  
Que al árabe cobija en los desiertos.  
Libre, feliz allí contigo fuera  
Más bien que en los alcázares cubiertos  
De oro, alabastro, seda y pedrería.  
Mi amor las soledades llenaría.

Boabdil quedó perplejo, pensativo,  
Y la mirada dulce, embriagadora,  
De negros ojos del fulgor más vivo  
Sintió llenar su alma, tentadora.  
De una sonrisa el plácido atractivo  
Aumentó la belleza encantadora  
De la que hurí creyó del claro cielo  
Al murmurar:—Ya sabes lo que anhelo.

—¡Imposible! ¡Ay de mí!—Clamó el caudillo:  
No puedo huir: mi horóscopo menguado  
Me obliga á dar á mi diadema brillo,  
Como el Zagal mostrándome esforzado.  
Convertiré la Alhambra en mi lucillo  
Antes de hacer su entrega afeminado:  
Aixa, mi madre, llena mi memoria  
De hechos que obligan á anhelar la gloria.

—¡Desventurado emir! Las azagayas  
De dirección por nuestro mal cambiaron:  
Solo descubren hoy las atalayas  
Rojas cruces en pechos que inflamaron.  
—¡Hija tú de Aliatar y así desmayas!  
¿Con su sangre la vega no regaron?  
—¡Dios solo es vencedor! Bien lo confiesa  
De tu estirpe, Boabdil, la sabia empresa.

Y se adormió el sultan y cien cuchillas  
Vió sobre sí, y al requerir su lanza  
Como al marchar sobre Lucena, astillas  
Se hizo, y rugió de cólera y venganza.  
Y hallóse encadenado y de rodillas  
Cayó, viendo lucir en lontananza  
Del lábaro triunfal el santo emblema  
Al fulminar un ángel su anatema.

Después la voz percibe de su amada,  
Hace un esfuerzo y su sopor sacude:  
Fué un sueño,—balbucea.—Hueste armada  
Á los redobles de atambor acude.—  
Avisale la mora consternada:  
Ya no es posible que el caudillo dude  
Y la alarma al acudir y el sobresalto  
Juzga que su enemigo da el asalto.

—Más que temeridad será locura.—  
Dice: la sangre agólpasele al pecho;  
Ciñe el cortante alfanje á la cintura  
Y oprime con furor en su despecho  
La en piedras engastada empuñadura;  
Como tigre feroz que está en acecho  
Con la afilada zarpa prevenida  
Contra el que va á inquietarlo á su guarida.

Y súbito se aleja de su estancia,  
Y ansiosa muchedumbre lo rodea,  
Y las picas relucen á distancia,  
Y á su rey la morisma victorea;  
Y al cabalgar con bélica arrogancia  
Lleva ginetes mil á la pelea,  
Y á un agímez al dirigir la vista  
Ve un flotante cendal y se contrista.

De armas y de trompetas y atambores  
Lleva en sus alas sonoro el viento  
Á Granada belígeros rumores,  
Su confuso estridor al campamento.  
La luz se quiebra en vívidos fulgores  
De las lanzas al rauda movimiento,  
Y envuelve á un escuadron cual blanca nube  
El polvo alzado que ondeante sube.

¿Es el silvar del huracan bravío  
Que despoja los bosques y florestas  
Al terminar el ardoroso estío  
El que espadas producen y ballestas?  
Tenaces en rencor y saña y brío  
Entrambas huestes á vencer dispuestas  
Compiten bravas en el choque fiero,  
Y en el acero méllase el acero.

De Sierra Elyira alturas escarpadas  
Colora el sol cercano al Occidente;  
Relámpagos fingiendo las espadas,  
Sin desmayar aun lucha el combatiente.  
Dispersas, en tropel y derrotadas  
Huyen al fin las haces del creyente,  
Y Boabdil que de Alah respeta el fallo  
Salvarse logra en su veloz caballo.

El espanto, el horror, el desaliento  
De Granada destierran la alegría;  
En mágica ciudad el campamento  
Ha trocado el cristiano en su porfía.  
¡Desdichado Boabdil! El escarnimiento  
Quebrantó su altivez y su energía.  
Profetizó el astrólogo: su sino  
Era perder el reino granadino.

Las sombras de la noche se extendían  
Dejando solo ver el firmamento  
Y la corte musulmeca envolvían  
Cual tupido crespon hasta su asiento.  
Los tristes ayes del dolor se oían  
Sin cesar repetidos por el viento:  
No vibraba una guzla, el centinela  
Estaba al par del moribundo en vela.

El ángel de la noche lentamente  
Sobre nubes fantásticas volaba,  
Apareciendo en el rosado Oriente  
El que á la aurora sus encantos daba:  
No coronado aun el sol naciente  
En el éter azul se columpiaba  
Y la cruz fué á besar de alta bandera  
El tibio rayo de su luz primera.

Ya Hernando del Pulgar el valeroso  
Clavó en la aljama, audaz, «AVE MARIA;»  
Y en la fuga cegó su propio foso  
Ya diezmada la infiel caballería;  
Fué Isabel á la Zubia y el famoso  
Alcázar contempló de Andalucía,  
Perdió el musulin cañones y estandartes  
Y el cristiano escaló sus baluartes.

Abul-Cacim, Wisir comisionado  
Por el *maruar*, obtiene real audiencia. (6)  
Don Fernando le dice:—Aunque irritado  
Nos tiene vuestra osada resistencia,  
Dile, moro, á tu rey *desventurado*  
Que una tregua le da nuestra clemencia:  
Faltó á la condicion antes pactada;  
Las llaves quiero en breve de Granada.

Era una hermosa noche en que dormía  
La sitiada ciudad á la influencia  
Del céfiro que blando recogía  
De arrayan y ciprés la pura esencia.  
La reina de los astros se mecía  
Entre ópalo y zafir, y en su presencia  
Uno solo rielaba con misterio  
Brillante heraldo al recorrer su imperio.

Un anciano alfakí supersticioso  
Á quien el vulgo crédulo escuchaba,  
De séquito cercado numeroso  
Á la puerta llegó de la Alcazaba.  
Turbando con sus voces el reposo  
Exclamó por do quier. ¡Ay de Granada!  
El *zogoibí* traidor y fementido  
Por un puñado de oro la ha vendido.

¿No habrá quien la defienda? Amenazado  
Está el Islam: la guerra de exterminio  
Nuestro suelo feraz ha devastado;  
Nos impone el cristiano su dominio.  
Levántate; ¡oh gran pueblo, sublevado  
Contra el perjuro! Oid mi vaticinio:  
Antes que mengüe la presente luna  
Premiará nuestro esfuerzo la fortuna.

El águila caudal no debe hambrienta  
En su nido morir, teniendo garras,  
Y la furiosa tempestad la alienta.  
¿Las tribus que alardean de bizarras  
Cautivas han de ser sin lid sangrienta?  
¿Flechas nos faltarán ni cimitarras?  
Ganemos libertad, botín y gloria;  
Sin luchar no se encuentra la victoria.

Como el lobo amparado de malezas  
Provoca al cazador y á sus lebreles,  
Por detrás de las pardas fortalezas  
Moros se ven cubiertos de alquiceles;  
Ganosos de adquirir fama y riquezas  
Corren otros en tanto en sus corceles:  
Cual huracan asolador, violento,  
Ruge la rebelion y va en aumento.

Nobles, alcaides, jeques y cadíes (7)  
Seguidos de israelitas mercaderes  
Y de influyentes, doctos alfakíes  
Publican sus contrarios pareceres:  
—Pueblo bravo, en el triunfo no conties,  
Gritan ¡ay! nuestros hijos y mujeres  
Hambrientos, no entreguemos á la saña  
De los que ya dominan toda España.--

Triunfó Moraima: á Boabdil seguían  
Sus parciales; la plebe amenazaba;  
Al Albaicín las turbas alfluían;  
El hambre sus rigores extremaba;  
Imprecaciones por do quier se oían;  
La frente del rey Chico se antablaba,  
Su impaciencia mostrando y su despecho  
El latir intranquilo de su pecho.

—Poderoso es Alah y en tabla de oro  
Marea el hado fatal lo que Él decreta!  
Bajando la cerviz dijo el rey moro:  
Su proteccion nos retiró el Profeta;  
Exhaustos los graneros y el tesoro  
¿Qué esperamos? ¿Qué rápido acometa  
El cristiano en ataque decisivo  
Y que mi pueblo fiel gima cautivo?

¿No humillaron de Ronda la aspereza  
Obstinados y altivos campeones,  
De Málaga y de Vélez la nobleza,  
De Almería y Guadix á los varones?  
¿Hay muralla de tanta fortaleza  
En que al cabo no claven sus pendones?  
¿La esperanza falaz que os alucina  
De Granada se funda en la ruina?

2 de Enero de 1492 (897 de la Hegira.)

---

Ángel que yo invoqué cuando atrevido  
Sin propias fuerzas comencé mi canto,  
Mi patrio amor sustenta: no extinguido  
Arda en mi corazón el fuego santo.  
Vate español, no puedo en el olvido  
Dejar los hechos del Islam espanto:  
Muestra el cuadro magnífico á mi vista  
De la ya consumada reconquista.

Quiero ver á la Reina virtuosa  
Cuya grandeza espéjase en mi mente,  
Heroína magnánima y gloriosa  
Que no abatió jamás la ungida frente;  
Parte de Santa Fé ya jubilosa  
Que ha premiado el Señor su afán ingente:  
Sus *flechas* dieron fin á la campaña;  
Bajo su *yugo* se unifica España.

En los reales impera la alegría,  
Escuderos aprestan los arneses,  
Los pages y la flor de Andalucía  
Armas requieren, galas y paveses.  
Paramentos prepáranse á porfía  
Para veloces potros cordobeses:  
Solo han de alzarse ya triunfantes cruces  
En los moriscos pueblos andaluces.

El sol majestuoso con su lumbre  
Al ensanchar el horizonte dora  
De Mulacén la inexpugnable cumbre,  
Las torres mil de la *Garnalba* mora:  
Su luz baña á la inquieta muchedumbre  
De la aguerrida hueste sitiadora,  
Del Católico Rey las sienas quema  
Que un florón vá á añadir á su diadema.

Diadema en que ha fundido los fragmentos  
Del gran poder que su poder quebranta,  
Diadema que enjendrar grandes intentos  
Logra con su calor, y lo agriganta;  
Que alejó del cristiano los tormentos,  
Que esplendorosa al musulmán espanta,  
Y el signo redentor con gloria eleva  
Cuando á Granada, por su bien, lo lleva.

Inolvidable y venturoso día;  
No hay quien la vista de la Alhambra aparte:  
Ya ha dado la señal su artillería  
Y espera otro señor el baluarte:  
El vibrar del cañón es la armonía  
Con que el Islam saluda su estandarte  
Que ya en la vega el vencedor tremola  
Y deslumbra al infiel con su aureola.

El de León Comendador, guerrero  
Que renombre ganó por sus proezas,  
Llegará á los adarves el primero:  
Ocupará las altas fortalezas.  
El gran Mendoza, el Cardenal severo  
Con aquel se adelanta á sus Altezas:  
Brillan de ricos hombres las espadas  
Que de ellos van en pos con sus mesnadas.

¡Pobre Boabdil, rey Chico infortunado!  
Su horóscopo fatal ha sido un hecho:  
Vedlo llegar confuso y humillado,  
Torva la faz y palpitante el pecho.  
Se inclina ante el ministro purpurado,  
Va á hablar y el corazón siente deshecho:  
—Nuestras faltas son graves.... ¡Dios lo quiso!  
Exclama: Allí tenéis un paraíso.—

Señala á su ciudad, y por la orilla  
Del Genil, triste sigue cabalgando  
En su corcel, ginetes no acaudilla,  
Pocos siguen sumisos á su mando;  
Los leones lo cercan de Castilla;  
Que se afinoje impide el Rey Fernando,  
Coronada al mirar su noble empresa,  
Y su brazo Boabdil trémulo besa.

Como joyas, sin par en su valía,  
Las llaves de la arábiga Granada  
Toma, al rendirle el moro pleitesía  
La Reina mas humilde y ensalzada.  
En las Torres Bermejas ver ansía  
Alta la cruz, divisala, y postrada,  
En vez de lauro da polvo á su frente  
Glorificando al Dios Omnipotente.

Al Dios de los ejércitos que adora  
Y hace que España en su extension respete,  
Al Dios que siempre desde niña implora  
Y al que su régia voluntad somete:  
Por Él fué de la sangre vengadora  
Que enrojeció el raudal del Guadalete.  
*¡Dios solo es vencedor!* Bien lo confiesa  
Desde Alahmar la naserita empresa.

Por la Puerta de Elvira en que su lanza  
Quebrara el triste emir de sino aciago,  
Un cortejo triunfal con pompa avanza  
Dando vivas á España y á Santiago.  
Es la realizacion de la esperanza  
No de ilusion febril mentido halago:  
Publicando el sonar de las trompetas  
Y en cantos romancescos los poetas.

Al ver lucir tan suspirado día  
Cautivos campeadores veteranos  
Cambian el desaliento en alegría,  
Con efusion abrazan sus hermanos.  
Fuerzas han recobrado en su agonía  
Y al cielo elevan sus convulsas manos  
Y alzan al terminar mal tan prolijo  
El himno del cristiano regocijo.

El claro sol de libertad que brilla  
Tras lentas horas de iniquidades llenas  
Es la triunfante Reina de Castilla  
Que rompe para siempre sus cadenas.  
Dobla al verla el anciano la rodilla  
Y el inerme doncel, y de sus penas  
Á su gran corazon piden consuelo,  
Que su amor maternal es don del ciclo.

Vedla sobre hacanea enjaezada;  
La majestad en ella resplandee;  
Marcha de ricas hembras rodeada  
Mas gentil hermosa ante Isabel parece?  
Paso á la Reina dad, que ya Granada  
La recibe en su seno, la obedece,  
Y dando ensanche á su pensar fecundo  
Le hará entrever tras su horizonte un mundo.

Cubre un sombrero, de oro recamado,  
Las trenzas de la invicta Castellana,  
Luce una régia falda de brocado,  
Tabardo azul y manto real de grana;  
Oculta en el cendal de su tocado  
Sus contornos cual púdica cristiana:  
Como logró empuñar en mil contiendas  
Sostiene firme las moriscas riendas.

En palafren castaño, aunque fogoso,  
Obediente á la espuela y á la brida,  
Cabalga el Rey que como don valioso  
Cimitarra de Fez lleva ceñida.  
Le acaricia la sien airon vistoso,  
Sobrevesta, de plata guarnecida,  
Ostenta y el justillo aljofarado  
Y el manto con arañños aforrado.

Allí el Infante va de faz serena,  
Armado ante enemigos caballero, (8)  
Los marqueses de Cádiz y Villena,  
Y Alonso de Aguilar de prez guerrero:  
Gonzalo, cuya fama el orbe llena,  
Pulgar el hazañoso aventurero,  
Cifuentes que mesnadas acaudilla  
Y los condes de Ureña y de Tendilla.

Y allí viste sus galas la nobleza  
Que si nostró en la lid pujante brio,  
Hoy compite gallarda en gentileza  
Y alardea esplendente en su atavío.  
Resalta entre joyeles la belleza,  
Los prelados ostentan poderío,  
Y el aire al asordar aclamaciones  
Besa la Cruz y agita los pendones.

Mujeril muchedumbre sarracena  
Mezcla á su sollozar frases impías,  
Por contrastar con tan sublime escena,  
Tras el algez de espesas celosías.  
Mesa su barba el musulman con pena  
Oculto en sus morunas alfagías.  
En vez de la oriental lúbrica zambra  
Preces resonarán hoy en la Alhambra.

En la Alhambra, mansion voluptuosa  
De tradiciones y placer tesoro,  
Soñada realidad esplendorosa  
De alabastro, azulejos, nácar y oro.  
Asilo en que el espíritu reposa,  
Edem risueño, del Islam decoro,  
Cuyas torres labraron y mezquitas  
Genios occidentales y semitas.

Fueron sus alarifes soberanos,  
Sultanas cultivaron sus verjeles,  
Con ceñidor de cármenes lozanos  
Al placer daban sombra sus laureles.  
Allí aún remedan céfiros livianos  
Besos de hurfes en amor infieles:  
Allí susurran brisas perfumadas  
Diamantes arrancando á las cascadas.

Caballeros y damas van subiendo  
Del murado recinto á la eminencia  
Y ya en la Puerta Judiciaria viendo (9)  
Que «no hay fuerza sin Dios»—sábía sentencia.—  
Músicas y lombardas con su estruendo  
Anuncian de los Reyes la presencia:  
Hoy es su apoteosis; y el espacio  
Vitores pueblan del sin par palacio.

Festoneados pórticos de encajes  
Á los REYES CATÓLICOS dan paso;  
De Gazules, Zegrís y Abencerrajes  
Allí el poder halló su eterno ocaso.  
Brillan armas, blasones y ropajes,  
Brocatel, pedrería, joyas, raso,  
Yelmos empenachados, y birretes  
Á través de los mágicos templetes.

No lascivos ni bélicos cantares  
Se escuchan ya, son cánticos que al cielo  
Dirigen al alzar nuevos altares  
Los que han logrado coronar su anhelo:  
En la soberbia estancia de Comares,  
Enfondando un dosel de terciopelo,  
Entre cifras, blason bordado impera.  
¡Gloria á FERNANDO y á ISABEL PRIMERA!

En la fiesta solemne en que el cristiano  
Acude al santuario reverente  
Postrándose ante el Niño sobrehumano  
Que adoraron los Reyes del Oriente;  
Ellos de cielo y tierra al Soberano  
Con dones expresaron su fe ardiente:  
Hoy dos monarcas al seguir su ejemplo  
Truecan celosos la mezquita en templo.

¡Pobre rey Chico de infeliz renombre!  
¿Qué fué de tu gentil hueste bizarra?  
Solo Moraima al pronunciar tu nombre  
Te alienta en la aridez de la Alpujarra.  
—Llórala cual mujer, pues como hombre  
No supiste empuñar la cimitarra;—  
Su madre exclama:—á tu Granada mira.—  
Boabdil la ve, detiéndose y suspira.

Acérese el wisir que lo acompaña  
Y apenado murmura:—¡Estaba escrito!—  
Y el *zogoilbi* cruzando la montaña  
Prorrumpe en su aflicción:—¡Sino maldito!—  
Su fiel mujer cuyo semblante baña  
Llanto que hondo pesar muestra infinito  
—¡Dios solo es vencedor!—dice:—Lo expresa  
Bien ¡ay! desde Alahmar la noble empresa.

Madrid. Abril de 1880.

## NOTAS.

(1) Alahmar, hijo de Nasar, fué el fundador de la dinastía que imperó en Granada y apellidóse Naserita. Tuvo la honra de ser armado caballero por San Fernando, de quien era tributario. En una de sus salidas contra cristianos volvió victorioso y sus vasallos lo aclamaron *ghaleb* (vencedor), á lo que contestó: *Wé le ghaleb i lé Allah* («Dios solo es el vencedor»). Desde entonces esta fué la divisa de los emires granadinos, y repetida se ve en sus monumentos, como puede observarse en todos los relieves y lienzos de la Alhambra.

(2) *Almunias* significan huertas, como cármenes los predios cultivados en que fructifican viñas.

(3) *Aleyas*. Versículos del Coran.

(4) *Alhamí*. Especie de alcoba abierta en los muros, donde colocaban sus lechos los musulmanes.

(5) *Zogoibi*. (Desventurado) apellidaron á Boabdil desde que los astrólogos, al sacar su horóscopo, dijeron que durante su reinado se perdería el imperio, por cuya causa lo aborreció su padre Muley Hacem, originándose de aquí las graves disensiones que precipitaron la ruina del poder islamita andaluz.

(6) *Mexuar*. El Consejo al cual consultaban los emires ó príncipes reinantes.

(7) *Jeqes y Calies*. Ancianos respetables y Jueces.

(8) Fué armado caballero el infante D. Juan, de corta edad, delante de los muros de Granada por su padre el Rey Católico, al llegar hasta allí ostragando la tierra para privar de mieses la vega, antes de poner sitio á la plaza.

(9) Puerta Judiciaria, ó de la Ley, en que el Cadí administraba justicia segun el uso oriental. En la clave del arco aparece una robusta mano que quizá sea el símbolo de la fuerza, ó bien el geroglífico que manifiesta el poder de Dios y los cinco preceptos alcoránicos. En los capiteles de las columnas se leen alabanzas á Alah y su Profeta y que «no hay fortaleza sin Dios.»

## PRIMER TEMA.

MENCION HONORÍFICA.

### RENDICION DE GRANADA Y ENTRADA EN ELLA DE LOS REYES CATÓLICOS

POR

D. Francisco Javier Gozalvez.

En el Alhambra en Granada  
Pendones han levantado,  
D'ellos del Rey de Castilla  
D'ellos son de Santiago;  
De encima dan grandes voces  
Que se oyen en el campo,  
Las cuales dicen: ¡Granada,  
Granada por D. Fernando!  
(FUENTES, libro de los cuarenta cantos, etc.)

De patrio amor el corazon henchido  
Vuelvo á pulsar la destemplada lira,  
Ora no el vago postrimer gemido  
De un alma acongojada que suspira:  
Ni de revueltas turbas el rugido  
De un pueblo que frenético delira,  
Sino viva expresion del pensamiento  
Que en toda España anima el sentimiento.

Noble recuerdo de eternal memoria  
Que con nosotros en el alma vive,  
Página ilustre de la ilustre historia  
Más grande que de un pueblo se concibe:  
Lucha gigante, colosal victoria  
Que en siete siglos con su sangre escribe  
De héroes un pueblo, España solamente  
Hay en el mundo entero que la cuente,

Devastadora tromba de guerreros  
El viento levantó del fanatismo,  
Olas de fuego y sangre sus aceros  
Enerespan en terrible cataclismo;  
Sucumbe el Godo á sus estragos fieros  
Mas rebasar no puede su heroísmo  
Cuanto la resistencia se prolonga  
En la roca inmortal de Covadonga.

Y desde allí como la clara fuente  
Que entre breñales apacible nace,  
Y baja al llano destructor torrente  
Que infinitos obstáculos deshace,  
El valor Español se alza potente  
Y en su misma derrota se rehace,  
Que en su suelo al fragor de rudas lides  
Donde mueren Rodrigos nacen Cides.

Estaba escrito... el genio de la guerra  
La constancia de España vió asombrado;  
Al peso del Islam gemió la tierra,  
Y el mundo sollozaba consternado;  
España sola con la cruz se aferra  
Y en Clavijo, las Navas y el Salado  
Y en Toledo y en Córdoba y Sevilla  
Domina al fin el cetro de Castilla.

Y el momento llegó... grandeza tanta  
El viento arrebató de la fortuna,  
Las corrientes que el África levanta  
En vano el fuego del Koran aduna:  
En vano se conyoca á guerra santa  
El Bereber, el Árabe, el Lantuna,  
Las tribus del Magreb y el Atlas fiero,  
Y el Numida, terrible aventurero.

Solo resta Granada la hechicera,  
La Musulmana perla de Occidente,  
Que aun enhiesta mantiene la bandera  
Terror un tiempo de la Hispana gente;  
Del Veleta la blanca cabellera  
Cubre orgulloso su ardorosa frente,  
Y en el cerro del Sol la sien reclina  
Para mirar su vega diamantina.

Recoitada en su seno entre jardines  
Yace la Alhambra, cuya falda besan  
Rios que arrastran oros por delines  
Y los campos fecundan y atraviesan:  
Limitan del recinto los confines  
Esbeltos torreones, que embelesan  
Al mismo Sol, cuando su lumbre clava  
Frente del Albaicín y la Aleazaba.

En sus palacios encantados mora  
Multitud de hermosísimas mujeres,  
En quienes sus bellezas atesora  
El amor que idealiza sus placeres;  
Restos de noble raza guerreadora  
Pueblan tambien sus calles y talleres,  
Que á su *algibul* llamando los Muesines,  
Convierten en bizarros paladines.

Pero aquel paraíso de ventura  
Baluarte postrer del Islamita,  
Del caos engendro y de la noche oscura  
Largas edades hace que lo habita:  
Vedla, cárdeno el rostro, la figura  
Orlada de serpientes, como agita  
La víbora, el puñal, la roja tea  
Que en los pechos musulmicos flamea.

De la dulce Zoraya los halagos  
Enervan de Muley el ardimiento,  
En vano de la guerra los estragos  
Amenazan el trono en su cimiento:  
Alhama sucumbió... nuevos amagos  
Hacen temer un nuevo vencimiento,  
Y él sin embargo en brazos de *Zoraya*,  
Íbribo de dicha y de placer desmaya.

No es ya el héroe prudente de otros dias  
Que de odioso tributo se redime,  
Y en zambras y en guerreras correrías  
El corvo acero valeroso esgrime:  
Como el humo fugaz sus bazarías  
El viento desvanece, y llora y gime  
En los brazos de amor de la Sultana,  
*Lucero precursor de la mañana*.

En tanto la *horra Aixa*, la severa  
Y casta madre, esposa sin marido,  
Reina sin trono, en pos de su bandera  
Junta un bando valiente y decidido;  
Boabdil su hijo, su ilusion primera,  
Bajo un astro fatídico nacido,  
Es su dicha, su sueño, la esperanza  
Que alimenta en su pecho la venganza.

*Alí-Maor*, austero Morabita.  
La guerra santa sin cesar provoca,  
Y el pendon de Boabdil al viento agita  
*Dulebran* de Guadix sobre la roca:  
Chocan los bandos, la ira precipita  
De *Abul-Oacim* la rabia y furia loca,  
Triunfante viendo al fin la terea madre,  
El pendon de Boabdil contra su padre.

¡Pobre ciudad!... Sus hijos temerarios  
Desgarran sin piedad su propia vida,  
Dos banderas... un trono... ¡los sudarios  
Y un cadáver no mas! La fraticida  
Lucha mata los restos necesarios  
Del poder que debiera ser su egida,  
Y estériles querellas en su seno  
Son el cáncer mortal del agareno.

Pero aun quedan valientes musulmanes,  
En Ronda *Hamet Zegrí* con sus Gómeros  
Reprime del cristiano los desmanes  
Y hace esclavas sus hijas y mujeres:  
En Málaga *Bejir* que los afanes  
Emula del *Zagal*; los *Abuyares*  
En la escabrosa sierra de Almería,  
Que el Sol saluda al trasponer el día.

Como descuella cedro corpulento  
Entre añosas encinas, cual fulgura  
Entre los astros mil del firmamento  
El luminar del día, la figura  
De una mujer con varonil aliento  
Se destaca radiante de hermosura,  
En la heroína ilustre y sin mancilla  
Que rige los destinos de Castilla.

Las patrias libertades aun ileas  
Del Leon Español bajo las garras,  
Arrolladas las quinas Portuguesas  
Y unidas de Aragon las fuertes barras,  
Isabel y Fernando sus empresas  
Dirigen á domar las Alpujarras:  
Pensamiento tan grande y tan fecundo  
Que hizo á España señora de otro mundo.

Y en Córdoba sentados los reales  
Convocan de los pueblos las milicias,  
Señores poderosos y feudales,  
Hidalgos poseedores de franquicias,  
Clérigos, artesanos, menestrales,  
Las fuerzas todas del país propicias  
Se apresuran á entrar en la cruzada  
Para la guerra santa de Granada.

El viento de la Fe deseneadena  
Por todas partes de la Cruz soldados,  
No bien el toque de rebato suena  
Ó *ahumadas* ven lucir en los collados;  
El pueblo fiel que sin ayuda ajena  
Realiza tantos hechos esforzados,  
Solo puede sufrir en su albedrío  
El yugo de su propio poderío.

Y es tan grande por Dios como la idea  
Que vive del cerebro en el profundo  
Y en su centro germina, alienta y crea  
Obras que son la admiracion del mundo;  
Noble en la paz, heroico en la pelea  
Galvaniza su aliento moribundo,  
Y Dios y patria, libertad y Rey  
Son de su historia inquebrantable ley.

Pero de aquella guerra ¿cómo tantos  
Y tan diversos hechos narraría,  
Ni cómo consignar en estos cantos  
Tanta hazaña á que rindo idolatría?  
¡Ay! contar de los moros los quebrantos  
Y las cristianas proezas no sería  
Menos que levantar el pensamiento  
Los astros á contar del firmamento.

*Bejir* y *Hamet Zegrí* juntan en Ronda  
De sus fuerzas lujosa cabalgata,  
Y de los montes por oscura fronda  
Á la campiña trepan inmediata;  
No queda ni un cortijo á la redonda  
Donde su furia el árabe desata,  
Que rebaños, aperos y ganados  
No arrastren de codicia arrebatados.

Avisado por seis Almogavares  
El bravo don Luis Portocarrero,  
Siempre dispuesto á defender sus lares  
Con su temible poderoso acero,  
Por la espesura avanza entre olivares  
Corto escuadron del pueblo más frontero,  
Y de la *Higuera* en la escondida fuente  
De Hamet y de Bejir halla la gente.

Los moros que no están aperebidos  
Y la presa embaraza y entorpece,  
El ataque resisten decididos  
Donde el terreno aun les favorece:  
Mas los nuestros que iban divididos  
En varios pelotones y enardece  
La propia emulacion con furia insana  
Acometen la hueste musulmana.

Pero aun el triunfo entre el Cristiano oscila  
Y el héroe musulman; por fin la suerte  
Con el Cristiano está, Bejir vacila  
Y en lanzada cruel halla la muerte;  
Cejan al cabo en concertada fila  
Los Gomeres, y al punto que lo advierte  
Portocarrero atruena la campaña,  
Al grito de «Santiago y cierra España.»

Cual torrente de lava abrasadora  
Que el volcan de la cumbre precipita,  
De Cádiz el Marqués que se incorpora  
Con los Cristianos al alcance excita;  
Recóbrase Zahara; en vano implora,  
Misericordia el bando musulmita,  
Que en el estrago de la guerra ciego  
Lo que del hierro escapa, muere al fuego.

Y la huerta de Álora, Almojía,  
De Cártama y Coin, ricos verjeles,  
Que entre el naranjo y limonero eria  
Alfombras de jacintos y claveles,  
Talan, destrozan, queman y en un dia  
En páramos convierten sus planteles  
Por donde el *Gudalthorce* acobardado  
En su lecho, se esconde amedrentado.

La misma vega de Granada oprimen  
Las huestes Castellanas que en su audacia,  
Tanta grandeza á su valor imprimen  
Que aflige de los moros la desgracia;  
Pupiana y Alhendin al yugo gimen  
De la terrible desastrosa *gacía*  
Que aniquila sus vegas y *alhoríes*  
Trocando sus caudillos en Monfies.

Como hambrientos chacales á que acosa  
El hambre y olfatean el rebaño,  
De Ahama así la hueste valerosa  
Acechan vigilantes en su daño;  
Rígida disciplina y cautelosa  
Burla toda asechanza y todo amaño,  
Y una débil cortina por muralla  
El poder musulman mantiene á raya.

En Cártama, Alozuina y otras villas  
Muy pronto el mismo pabellon ondea,  
Aumentando del moro las rencillas  
El odio mismo que el desastre crea;  
Suecumba Setenil y las guerrillas  
Amenazan á Ronda, merodea  
El Cristiano en la Sierra y en la Joya,  
Y en todas partes á el Alarbe arrolla.

Entretanto la perla Nazarita  
En poder del *Zagal*, muerto *Muley*  
Su propio vencimiento precipita  
Con las querellas de una y otra grey;  
De *Aben-Awég* la sangre en su inaudita  
Rabia vierte ominoso el mismo rey,  
Saciando su furor y su coraje  
En la valiente tribu Abencerraje.

Tocole el turno al fin á la galana  
Y hermosa Ronda que fecunda y riega  
*Guadaleví* famoso, donde ufana  
La huerte de Castilla airada llega;  
Aun la sombra tal vez de *Galiana*  
Vaga en su alcázar y al dolor se entrega  
Porque su alma el llanto purifique  
Del-desgraciado amor de *Abomelique*.

Preciosa margarita que engreído  
*Al-Motulid* cantó, y en que *Abul-Beka*  
Pulsó su lira de dolor transido  
Por la pérdida *Erevilia*, pronto trueca  
*Abraham-Alaquín* su hermoso nido  
En guarida de fieras, y se obceca  
En defender su joya musulmana,  
Al poder de la Reina Castellana.

Cruje en el viento al fin la artillería,  
Con valor sobrehumano se defiende  
El bizarro *Aheucir*, que se confía  
En la ayuda de Hamet; en vano atiende  
Á su defensa uno y otro día,  
Pues capitula al fin cuando comprende  
Que por presto el socorro será tardo,  
Ante la hazaña de Don Juan Fajardo.

Boabdil vuelve á Granada y con su tío  
Parte otra vez la autoridad suprema;  
Solo piensa en gozar su poderío  
Y el fugaz esplendor de su diadema,  
Rindiendo de *Moraima* el albedrío,  
Y de la patria la aflicción extrema  
Ahogando en el bullicio de la zambra  
Ora en el Albaicín, ora en la Alhambra.

Como águila que cruza el firmamento  
Su presa contemplando y que se arroja  
Con la velocidad del pensamiento  
Sobre ella herida de mortal congoja,  
Mueve así Don Fernando el campamento  
Y su Real establece junto á Loja,  
Que el miedo embarga y el temor aflige,  
Solo al saber que á ella se dirige.

Despiértase en Granada el entusiasmo  
De Santones al rudo clamoreo,  
Y hasta Boabdil sacude aquel marasmo,  
Y viste al fin el militar arreo:  
De su torpe destino ve el sarcasmo,  
Y de vencerlo ardiendo en el deseo  
Su brazo empuña en ademan tranquilo  
El corvo *yatagan* de doble filo.

Abencerrajes, Mazas y Zenetes  
Siguen alborozados sus pendones,  
De fiesta y no de *algara* sus ginetes  
Forman en sus brillantes escuadrones:  
Almazares, marlotas y bonetes,  
Tocas, briales, lemas y blasones  
Llevan bordados de oro y pedrería  
Sobre ricos tisús de orfebrería.

Y como choeca de la mar hirviente  
La ola en el gigante promontorio,  
Llega al Real la granadina gente;  
De Cádiz el Marqués hace ilusorio  
Empuje tan bizarro, tan valiente  
Y digno de su causa; que es notorio  
No la hay mejor, cualquiera que ella sea,  
Si por la independencia se pelea.

Fué aquí donde envidiosos de la gloria  
Que ganan sin cesar nuestros aceros,  
El Conde de *Rivers* hace notoria  
La fama de Inglaterra y sus arqueros:  
Don Gaston de Leon de clara historia  
Acandilla doseientos caballeros  
Franceses, es verdad, pero cristianos  
Ganosos de emular con sus hermanos.

Del uno y otro lado se pelea  
Con ánsia de morir en la demanda;  
Hamet Zegrí con su escuadron serpea,  
Rápido se concentra ó se desbanda;  
Aun el mismo Boabdil allí granjea  
De valiente el concepto, mas su infanda  
Torpe, cruel y desgraciada suerte,  
Le hizo caer al borde de la muerte.

Láviana nube rota por el viento  
Y en ligeros celajes esparcida,  
Las bellas ilusiones de un momento  
Que halagaron el sueño de su vida;  
Aixa... Moraima... vano pensamiento  
De poder y de gloria merecida...  
El cetro y la corona de Granada...  
¡La existencia y el alma desgarrada!

¿Qué de sus tropas fué? de la victoria  
Soñada qué le queda? Ni un caballo,  
Ni un amigo, ni un hombre... ahogó su gloria  
De su destino el inmutable fallo:  
Desventurado Rey á quien la historia  
Juzgó rebelde hijo, mal vasallo,  
Porque de Tarif en Boabdil se enlaza  
La gloria y la ruina de su raza.

La usurpacion y el crimen aun se olvida  
Cuando ciega lo cubre la fortuna,  
Porque en la frente de laurel ceñida  
No queda para el mundo mancha alguna;  
La existencia y el alma dolorida  
Á nadie inspira compasion ninguna,  
Y de héroes mil en medio del tumulto  
Solo al éxito Dios se rinde culto.

Así del tiempo en la movable rueda  
Gira el destino de la raza humana,  
Pasa un pueblo adelante y otro queda,  
Escabel de su gloria soberana;  
Atila vencedor de Italia hereda  
Toda la sabia ilustracion romana,  
Y en sus artes á España dejó el moro  
En Giralidas y Alhambras un tesoro.

Eserito está... los hados lo quisieron  
Y Alah lo consintió... Loja rendida,  
Y cautivo Boabdil, los Reyes vieron  
Á Alhama asegurada y defendida;  
Íllora y el Salar se estremecieron,  
Siendo una y otra pronto poseída  
Por el Gran Capitan de las Españas,  
Y el famoso Pulgar de las hazañas.

Quiso la Reina ver tanta hermosura  
Y seguida de damas y prelados,  
Hácia la vega viene en derecha,  
Y á recibirla salen sus soldados;  
¡Oh! ¿Quién pudiera hacer una pintura  
De tantos adalides esforzados  
Que hasta Moelin en orden de parada  
Para ver, la acompañan, á Granada.

Á sus plantas se extiende hasta la sierra  
De esmeraldas brillante y rica alfombra,  
Hilos de plata bullen en la tierra  
De alamedas perdidos en la sombra:  
Bandada de palomas á que aterra  
Próximo el gavilan que las asombra,  
Parecen en la vega los millares  
De alquerfías y granjas y lugares.

Y un cielo y una luz como ninguna  
Á lo lejos limita el horizonte;  
Allí Granada está, perla moruna  
Engastada en el seno de aquel monte:  
Confiada la Reina en su fortuna,  
No puede haber empresa que no afronte,  
Que en su belleza y distincion de dama,  
Brilla del genio la esplendente llama.

Á su córte de nuevo Boabdil vuelve  
En Gonzalo de Córdoba apoyado;  
Contra el Zagal sañudo se revuelve  
De la heróica Isabel como aliado;  
Nueva campaña en tanto esta resuelve  
Contra Vélez y Málaga, que el hado  
Adverso á la fortuna nazarita  
La ruina de su imperio precipita.

Vélez... aquel risueño paraiso  
Donde el naranjo y la palmera crece  
En fértiles viñedos, y el narciso,  
La magnolia, el geranio el viento mece  
Del valle en las quebradas indeciso;  
Vélez que en blanda paz rico florece  
De la mar por las olas arrullado,  
Despiértase al estruendo del soldado.

Como en verano recia granizada  
Sobre campo feraz lleno de espigas,  
Los taladores van de la Cruzada  
Devastando las huertas enemigas:  
Tras resistencia larga y denodada,  
Vélez también sucumbe á las fatigas  
Del sitio y de la guerra, cuyo estrago  
Corona al fin la cruz de Santiago.

Invasido de pronto el campamento  
Por los feroces moros de la sierra,  
El mismo Rey Fernando en su ardimiento  
Afronta los azares de la guerra;  
De sus *continuos* leal destacamento  
Envuelve tanto número que aterra,  
Y él, al caballo hundiendo el acicate,  
Se lanza en lo más rudo del combate.

Noble ejemplo, magnífica enseñanza,  
Que el ánimo consuela y engrandece;  
Por eso abre la patria á su esperanza  
Anejo raudal de gloria que enloquece;  
Por eso inspira al pueblo confianza  
Soberano que tanto la merece,  
Y Rey prudente, sabio y caballero,  
La gana con el cetro y el acero.

Málaga, del comercio antiguo emporio,  
De negros Africanos guarnecido,  
Ve su rico apacible territorio  
Por las huestes cristianas invadido:  
De *Ali Dordux* el crédito notorio  
Se estrella en el valor reconocido,  
Del caudillo *Zegrí*, cuyas legiones  
Se defienden lo mismo que leones.

El fuego, el hambre, el hierro, cuanto puede  
El ánimo afligir del mahometano...  
Un asalto que á otro se sucede...  
Todo se emplea y se consume en vano:  
Ni una pulgada de sus muros cede  
El moro ante el ejército cristiano,  
Que con la peste más que en la *algazua*  
Por vez primera ante el deber fluctua.

Pero acude la Reina Castellana  
En alas de la *Fe*, y á su presencia,  
Como disipa el sol de la mañana  
Las sombras de la noche, la impaciencia  
Se calma del soldado; y más ufana  
Cuanto se extrema más la resistencia,  
De ilustres reinas para ejemplo raro,  
Manda atacar de nuevo á Gíbralfaro.

Los gloriosos pendones de Castilla  
Por fin dominan todo el Occidente  
Del Reino granadino, pero aun brilla  
Poderoso el *Zagal* en el Oriente;  
Baza, Almería, Guadix á la cuchilla  
De *Cid-Hiayu* fiados y á su gente,  
Mantienen el pendon enhiesto y fiero,  
Que desde Gibraltar flotó hasta el Duero.

Baza, hermosa ciudad cuyos jardines  
*Guadalentín* fecunda, y en defensa  
Sostiene fosos, torres y fortines  
Como sembrados en su *Hoya* extensa,  
Pueblanla valerosos paladines  
Que buscan el morir por recompensa,  
*Zafarjal* y Mahomed el *Veterano*  
Abdílbaz y Aben-Záhar el africano.

También la Reina acude presturosa  
De nobles y de damas asistida,  
Que en los combates muestra valerosa  
De cuanto digna es de ser querida;  
Complétase el bloqueo, y vigorosa  
Tala se ordena hacer, que estremecida  
De rabia y de pavor mira la plaza,  
Y en ella vé la rendición de Baza.

Capitula por fin; desesperado  
Sigue el *Zagal* desde Guadix su huella  
Y entrega de Almería el codiciado  
Puerto, en que luce la brillante estrella  
De la invicta Isabel, y el acendrado  
Patriotismo del Rey que así deseucella,  
Pues del uno y el otro la memoria  
No cabe en la grandeza de su historia.

Amontonan los vientos parda nube  
En que el rayo flamígero fermenta,  
Sobre Granada y hasta el cielo sube  
El fragor que precede á la tormenta:  
Junto al trono de Alhá tiembla el Querube  
Que con sus alas el Koram sustenta,  
Y el sino de Boabdil la ruina entraña  
Del imperio musulínico en España.

De la Alhambra los altos torreones  
Con sus alas azota el cuervo infausto;  
Retiemb lan oprimidos los bastiones,  
Ofrecen su oracion en holocausto  
Muesines, Alfaquíes y Santones,  
Y enervado el valor de fuerza exhausto  
El pueblo granadino ve á lo lejos  
De banderas y armas los reflejos.

Es la grande Isabel, la portentosa  
Figura de su siglo, que aparece  
Otra vez en la vega, y más hermosa  
Que el sol de la mañana resplandeece;  
Síguela de Cruzados numerosa  
Bizarra hueste que ondular parece  
Como gigante sierpe en la llanura  
De la pobre Granada en derechura.

Y asientan en el *Gozco* los Reales  
Frente de Sierra Elvira, en que refleja  
El *Veletu* su luz sobre orientales  
Tiendas de lino blanco y de bermuja  
Grana; los redoblantes atabales,  
Del corcel el relincho, el viento deja  
Llegar hasta los pardos torreones  
Que sustentan del moro los pendones.

El jabalí reyuélyese acosado  
Cuando recia jauría lo sorprende,  
Y el chacal del desierto, denodado  
Contra el hambriento tigre se defiende;  
En Granada Boabdil acorralado  
Nueva defensa con valor emprende  
Y á Muza-Abil-Gazan su mejor lanza  
Nombra su Emir y alienta su esperanza.

La última convulsion de la ballena  
Por el arpon herida, el Oceano  
Agita y estremece y desordena;  
El postrer baluarte mahometano,  
La última convulsion de la agarena  
Estirpe nazarita, del cristiano  
Todo el poder conmueve y entretiene  
En ruda lid que el Universo atruene.

Cada combate es recia batalla  
En que desesperados los creyentes,  
El poder español tienen á raya  
Con esfuerzos titánicos, valientes;  
Si héroe hay que asalta su muralla  
É incendia su Mezquita, tienen gentes  
Que en el mismo Real, el mismo día  
Al suelo tira el nombre de María.

De María, la madre inmaculada  
Que el sol corona, y cuya planta huella  
Entre nubes la luna plateada,  
Y más que el Ángel y el Querub descuellla;  
De María la Virgen desposada  
Con el ETERNO mismo, la doncella  
Que hija predilecta llama el PADRE  
El Espíritu esposa, el Hijo Madre.

Ultraje tan grosero y tan impío  
Dispónense á vengar bravos guerreros,  
Se agita el campo en ademan sombrío  
Y fulminan la muerte los aceros;  
Modesto jóven de ignorado brío,  
Se adelanta á los nobles caballeros,  
Y el que otro Goliat en *Turfe* mira  
Nuevo David en Garcilaso admira.

El genio del Islam sus alas bate  
En la lóbrega noche silenciosa,  
Cruza sobre el Real y el vuelo abate  
Sobre la tienda en que Isabel reposa;  
«Si vencerla no puedo en el combate,»  
Dice desesperado, «que alevosa,  
«Ya que su estrella mi poder abruma,  
«La lumbre de mis ojos la consuma.»

Y blanquecina nube que hasta el cielo  
Súbita se levanta, y roja llama  
Cuyas chispas de oro caen al suelo  
Y en pavesas el aire desparrama,  
Consumen el Real; mas no su anhelo  
Consigue el genio que en el viento brama  
Pues de la Fe la egida protectora,  
Salva á la Reina que la Cruz adora.

Por tan alta virtud fortalecida  
Sobre cenizas el proyecto enplaza,  
De una nueva ciudad, que defendida  
Por muros fuese inexpugnable plaza;  
*Isabela* el soldado la apellida,  
Y modesta la Reina lo rechaza,  
Que claro emblema de su noble idea,  
Quiere que *Santa Fe* su nombre sea.

Y surge de la yega en la llanura  
Pasma y terror del moro granadino,  
Una nueva ciudad donde fulgura  
La Cruz del Cristo que á salvarnos vino;  
Tanta constancia el éxito asegura  
En empresa tan digna del destino,  
De aquellos sabios, generosos reyes  
Grandes por sus victorias y sus leyes.

Pero aun el genio del Islam brayea  
Accechando á la Reina de Castilla,  
La sorprende en la Zúbia y la pelea  
Ofrécele al cristiano junto Armilla;  
El guion de la Cruz enfrente ondea  
Del ejército moro que acudilla  
El noble Muza y su pendon precito  
*Le gallib-ille-Allah* llevaba escrito.

Dios solo es vencedor... y por su mano  
Ahoga en el mar Moisés la muchedumbre  
Que sigue á Faraon, y del pagano  
Redime Ester la torpe servidumbre:  
¡Dios solo es vencedor y soberano!  
Y sí del Sinaí sobre la cumbre  
Su poder y su gloria resplandece,  
En el Tabor y el Gólgota estremece.

Por eso al ver la multitud impía  
Que contra los cristianos se abalanza,  
Que desconoce á Dios... y en Él confía  
El ánimo se llena de esperanza;  
Porque el hijo del Padre y de María  
No es el númen fatal de la venganza  
Que invoca en su *aljihed* el mahometano,  
Sino el Dios de bondad que ama el cristiano.

Ferrado muro de brillantes cotas  
Les ofrecen los nuestros y á su empuje,  
Ruedan turbantes, velos y garzotas  
Tintos en roja sangre; el suelo cruje,  
Y el viento arrastra en discordantes notas  
Como el bramido de la mar que ruje  
Los lamentos y ayes y quejidos,  
Súplicas, maldiciones y alaridos.

Cotas de malla, cascos, jacerinas,  
Ricas marlotas, blancos alquiceles,  
Lanzas y cimitarras damasquinadas,  
Partesanas, osculos y broqueles;  
Los arneses de Pez, las lunecinas  
Gumias, banderas y caireles  
Del cristiano los pies huellan confusos  
Entre muertos, heridos y contusos.

De cierra España... España y Santiago  
El grito salvador violento estalla,  
Y aumenta de los moros el estrago  
El terrible fragor de la batalla;  
Un muerto es cada bote, cada amago,  
Salta el acero, fúlgido restalla...  
Y del Marqués de Cádiz para gloria  
Por nuestro queda el campo y la victoria.

Del Emir el titánico ardimiento  
Torcer en vano intenta su destino,  
En desastrosa fuga el vencimiento  
Concluye al fin del moro granadino;  
Los Reyes entretanto su oscuramiento  
Desde la Zúbia ven, y el remolino  
Que arrebató el poder de los infieles  
Bajo un bosque de altísimos laureles,

Sigue Boabdil con la mirada incierta  
Sus rotos y dispersos escuadrones  
De *Bib-Taubin* ganar al fin la puerta,  
Y coronar sus muros los peones:  
En ellos mira su esperanza muerta  
Que ya los formidables torreones  
Que aun sus enseñas con vigor mantienen  
Su imperio ni aseguran ni sostienen.

En sus quiecos las puertas rechinando  
Aislan la ciudad, que ya la tropa  
De la invicta Isabel y de Fernando  
Al pié del muro sin cesar galopa.  
Ya el musulman las heces apurando  
Ya del dolor en la terrible copa,  
Sentirse deja el hambre y los Walies  
Agotaron sus trojes y *althorics*.

¡Allah lo quiere!... el torpe fanatismo  
Que encarna su creencia les sugiere;  
Sin ver su vergonzoso fanatismo  
Que aquella exclamación: ¡Allah lo quiere!  
La fuerza es de la inercia, que al abismo  
Arroja al pueblo que en la historia muere,  
No la virtud que salva en su desmayo  
Al pueblo de Guzman y de Pelayo.

Corre la luna del Diciembre frio,  
Y el cuervo bate sus medrosas alas  
En torno de la Alhambra, gime el rio  
Y el campo esconde sus mejores galas:  
De Boabdil agoniza el poderío,  
Del cristiano amenazan nuevas talas,  
Y de la entrega al fin se hace la oferta  
Que Gonzalo de Córdoba concierta.

Como piedra escapada de la honda  
Muza abandona la ciudad querida,  
No hay un guerrero que á su voz responda,  
Ni su amargo dolor con él divida;  
Y corre, y vuela... tierra que le esconda  
La vergüenza de ver envilecida  
Su raza busca, y raudo el torbellino  
Lo arrastra y nos oculta su destino.

Lueió por fin el sol de la mañana  
Del dos de Enero, y cajas y clarines  
Despiertan á la Reina Castellana,  
Y á sus mil valerosos paladines.  
Hueste escogida de su dicha ufana  
En briosos corceles, cuyas crines  
El viento riza, al Conde de Tendilla  
Sigue, y al estandarte de Castilla.

El guion de la Cruz, de Santiago  
La veneranda enseña van con ellos;  
Del islamismo el formidable endriago  
Flota en el aire, fulgidos destellos  
Sus vítreos ojos lanzan y su aciago  
Ronco bramar eriza los cabellos,  
Mientras voltea y gime quejumbrosa,  
De Aben-Habuz la estatua misteriosa.

En columnas cerradas los peones  
Marchan luego, tendidas las banderas,  
En batalla los varios escuadrones  
Rizando el viento plumas y cimeras;  
Refleja el sol su lumbre en los blasones  
De los nobles caudillos, y testeras  
Pefos, adargas, picas, artesanas,  
Brillan como lujosas filigranas.

Entretanto Granada silenciosa  
Como vasto sepulcro permanece,  
Ni del Muesín la voz majestuosa  
Los espacios atruena y ensordece;  
En sus calles angostas, y anchurosa  
Cuanto alegre Bib-Rambla, no parece  
Alma viviente, ni humo en espirales  
Salta de sus tristísimos umbrales.

Al fin se abre la ferrada puerta  
De *Siete-suelos*, corta comitiva  
Deja salir que á describir no acierta  
Mi pluma al infortunio compasiva;  
Boabdil... Aixa... la azucena yerta  
Que tiene por esposa... sensitiva  
Que el cáliz apuró de los dolores  
Donde solo creyó libar amores,

Allí donde sus aguas Danro vierte  
En el Genil, lo espera cabalgando  
En brioso coreel ¡adversa suerte!  
Al frente de su ejército Fernando.  
«Este reino, señor, y ciudad fuerte  
Te entregamos,» Boabdil dice llorando,  
«Pues así lo dispuso, así lo quiere  
«El soberano Allah, que Él te prospere.»

Cual rápida saeta disparada  
Parte seguido de los suyos presto  
El último Sultan de esa Granada,  
Que aun hace el sueño al musulman molesto;  
Y aguija su caballo, que inflamada  
La redonda nariz, va descompuesto,  
Como el Borak en la celeste esfera,  
Al Zogoibí llevando en su carrera.

Monachil atraviesa y ya de Armilla  
Las casus blanqueadas divisaba,  
Cuando encontró á la Reina de Castilla  
Que un palafren fogoso galopaba:  
Surca el llanto y escalda su mejilla...  
Que de sus ojos sin cesar brotaba  
Copiosa fuente de abundante lloro,  
Postrer consuelo al desdichado moro.

Mediaba el sol su fúlgida carrera  
Y los Reyes reunidos é impacientes,  
Aguardan que tremole su bandera  
El de Tendilla y sus contadas gentes:  
De Al-Baul por la rápida ladera  
Sube á la Alhambra, suenan estridentes  
Las puertas en sus muros y arquitrabes  
Y Aben-Comixa le entregó sus llaves.

¡Pobre Alhambra tambien! no te querelles  
De tu destino y cautiverio infando  
Que de Dios inmutables son las leyes.  
Oye esa voz á tu ciudad llamando  
Que «Granada, Granada por los Reyes  
«De Aragon y Castilla, Don Fernando  
«Y la invicta Isabel,» dice, y su acento  
Estremecer parece el firmamento.

Crujen los arcabuces y lombardas,  
Redoblan atambores y clarines,  
Rinde el soldado pieas y alabardas,  
Sus espadas los nobles; los fortines  
De Santa Fe disparan sus bombardas,  
Que repitiendo el eco en los confines  
De la risueña granadina yega  
Hasta el solio de Dios humilde llega.

Y es que la Cruz que en el Calvario un día  
De santa redencion fuera instrumento,  
De la *Vela* en la torre se veía  
Y el Cruzado la daba acatamiento;  
De la Reina en la mente sonreía  
Entonces ya gigante pensamiento  
Que su entusiasmo realizó fecundo,  
Llevando aquella Cruz hasta otro mundo.

Yo con los ojos de la Fe la veo  
Cercada de infinitos resplandores,  
Pero al querer cantarla, mi deseo  
De la impotencia estrellan los rigores:  
¡Gloria á la Cruz! al immortal trofeo,  
Para quien son mezquinos mis loores!  
¡Á los Reyes Católicos y á España  
Que supo realizar tan grande hazaña!

*8 de Mayo de 1880.*

# TERCER TEMA.

---

PREMIO.—GRANADA DE ORO.

---

AL HÉROE DE LA CARIDAD

## SAN JUAN DE DIOS.

---

POESIA

DE LA

Sra. D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.

---

*La caridad es la llave que  
abre las puertas del cielo.*

Sol de la humanidad: sol que á su paso  
Llena los mundos con su luz ardiente:  
Cuya lumbre esplendente  
Tiene, sin sombra y sin oscuro ocaso,  
En el pecho de un Dios su claro Oriente.

Rosa incolora de suave aroma,  
Raudal de amores, en amor profundo  
Abundante y fecundo:  
Blanca y sencilla y cándida paloma  
En cuyas alas se cobija el mundo.

De la Esperanza celestial hermana,  
Fiel compañera de la Fe bendita  
Que en las almas habita:  
¡Amante como Dios y soberana,  
Y como Dios eterna é infinita!

¡Que el fin del tiempo llegará! sin velo  
Brillará la divina Omnipotencia;  
Y ya será, sin duelo,  
Para el alma feliz que arribe al cielo,  
Realidad la Esperanza: la Fe ciencia.

¡Y tú subsistirás! en el sagrado  
Abismo inmenso de la eterna historia,  
Aún de tí habrá memoria;  
Que Aquel que es todo amor, en tí anegado  
Hará que inundes con tu luz su gloria!

Sí: tú subsistirás, pura y elemento  
Hija del cielo, Caridad sublime  
Que amparas al que gime,  
Y del hombre á la par sobre la frente  
Tu diestra un sello soberano imprime.

Tú eres faro inmortal, puro y tranquilo  
Que alumbrá al misionero en su carrera;  
Por tí en otra ribera  
Ni tiembla junto al pardo cocodrilo,  
Ni se aterra al rugir de la pantera.

Y en Singapoor, en Asia, en Oceanía,  
En la extensa región que el sol inflama,  
Con una Cruz por guía,  
La tempestad gigante desafia  
Iluminado por tu santa llama.

Por tí deja la virgen inocente  
Patria y hogar, sin duelo ni pesares,  
Y buscando otros lares,  
Cruza el espacio con serena frente  
Aunque al soplo de Dios hiervan los mares.

¡Oh! Caridad, del cielo descendida,  
Nada á tu influjo celestial resiste!  
Tu mano bendecida  
Pan da al hambriento, proteccion al triste,  
Agua al sediento, y al enfermo vida.

Mas aunque Dios te concibió en su anhelo  
Y en tí un destello de su luz se encierra,  
Cual Iris de consuelo,  
Á veces cruzas la extension del cielo,  
Para bajar á embellecer la tierra.

Por eso el noble corazón de un hombre  
Llenaste un día con tu llama pura  
De célica hermosura,  
Siendo, de entonces, su bendito nombre  
Iris de salvacion en noche oscura.

Era pobre; sin brillo y sin grandeza  
Llegó al dintel de la existencia humana;  
No tuvo más riqueza  
Que de su fe la sin igual firmeza  
Y su inefable caridad cristiana.

Mas si miseria y duelos inclemente  
Solo al nacer brindole la fortuna,  
Circundaron su cuna  
Con pabellon de luz el sol naciente  
Con anchas olas de fulgor la luna.

Y el serafín de la piedad sencilla  
Batió sus alas de suave armiño,  
Y con santo cariño  
Dobló á su lado la inmortal rodilla  
La sien besando del humilde niño.

Villamayor! Villamayor! dichosa  
La estrella fué que iluminó tu cielo,  
Osténtante orgullosa,  
Porque fuiste su patria venturosa  
Y vió la luz en tu bendito suelo.

Su patria! me engañó! mi fantasía  
No seguirá su paso en bien fecundo,  
Un día y otro día:  
¡Almas como la suya, Dios las guía  
Siendo su patria la extension del mundo!

Solo diré que para el duelo humano  
Fué su gigante corazón estrecho;  
Que en lágrimas deshecho,  
Al mendigo doquier llamó su hermano  
Dándole abrigo en su amoroso pecho.

Y le buscó y le amó! y en su intranquilo  
Perpétuo anhelo, en el afán ardiente  
Que agitaba su mente,  
Soñó darle morada y darle asilo  
Á la infeliz humanidad doliente.

Entonces por el cielo bendecida  
Fué su divina idea sin ejemplo,  
Y en mi ciudad querida,  
Milagro del amor que le dió vida,  
Tuvo el pobre un hogar y Dios un templo!

Y porque al mundo su virtud asombre  
Ese Dios mismo poderoso y justo,  
De Juan el santo nombre  
Dióle á aquella mansion, obra del hombre  
Mezclado al suyo creador y augusto.

Y fijó en él sus ojos inmortales  
Y así le dijo con acento blando,  
Sus esfuerzos mirando:  
«Yo te daré tesoros celestiales  
«Que tus horas de lucha voy contando.

«Cual tú soy padre del que sufre y ora,  
«Cual yo en las sendas del dolor caminas,  
«Y amparando al que llora,  
«Encuentras como yo, y hora por hora  
«Ingratitud y lágrimas y espinas.

«El mundo como á mí te tiene en poco  
«Y tu grandeza comprender no quiere,  
«Despreciarte prefiere,  
«Y en su error como á mí te llama loco,  
«Y cual mi rostro hirió tu rostro hiere.

«Pero no desfallezas, no tu brio  
«Pierdas un punto ni tu santa calma;  
«¡Eleva á mí tu alma!  
«No entre los hombres, en el reino mio  
«Premio digno de tí, se alza una palma!

«Tuya será que en el Eden florece  
«Y su perfume hasta mis plantas llega:  
«Gallarda y noble crece,  
«Que el aura de mi amor sus ramas mece,  
«La gratitud con lágrimas la riega!

«Tuya será! y al terminar el plazo  
«De tu breve existencia santa y justa;  
«Roto su frágil lazo  
«Apoyando la sien en mi regazo  
«Reposarás bajo su sombra augusta.

«Y será por doquier tu santo nombre  
«Bendecido de un polo al otro polo:  
«¡Tal premio no te asombre!  
«¡Si tú has vivido para amar al hombre,  
«Yo en cruz he muerto por amarle solo!»

La augusta voz del Hacedor divino  
Se perdió en los espacios, Juan la frente  
Inclinó humildemente,  
Y prosiguió sereno su camino  
Siendo padre del pobre y del doliente!

Y realizose la promesa santa:  
El justo mora en la region del día,  
Y aun llegan á su planta,  
Con los gemidos que el dolor levanta  
Las bendiciones que el amor le envía.

Oh! Juan de Dios! si el eco de un lamento  
Puede llegar á estremecer tu oído;  
Si aun en tu eterno asiento  
Late tu corazón al pensamiento  
Del duelo y el pesar del afligido,

Desde la augusta y celestial morada  
Do tus altas virtudes resplandecen,  
Torna hácia mí Granada  
Tu compasiva y paternal mirada:  
¡Ve que tus pobres ¡ay! sin tí perecen!

La humanidad corriendo enloquecida  
En pos del oro y los placeres vanos,  
Al desgraciado olvida  
Que roto el corazón y el alma herida  
Le tiende inquieto las desnudas manos.

¡Ya no hay santa piedad! El heroísmo  
No sobre la razón se enseñorea;  
Solo hay materialismo  
Y vanidad, y orgullo, y egoísmo  
En nuestra torpe sociedad atea.

Si el hombre apaga de la Fe sagrada  
La llama pura en su terrible anhelo;  
Si ¡ay! ya no espera en nada  
¿Qué hará la Caridad sino angustiada  
Plegar las alas y volver al cielo?

Pero no, no será! La patria mía  
Aun bajo el árbol de la cruz reposa;  
Aun en su Dios confía  
Y cual lo fuera en su entusiasmo un día  
Es aun noble, y creyente, y generosa!

¡Sí, yo lo sé! Y al elevar mi canto  
Ante el altar del que Granada adora,  
También mi voz levanto  
Y para el triste en mi angustiado llanto  
Amparo y protección demando ahora.

¡Socorred su miseria! que mi ruego  
Conmueva el corazón estremecido  
Por su pesar herido,  
Yo ante vosotros suplicante llevo  
Y una limosna para el pobre pido!

¡Oh! los que aquí sus días de tristura  
No conocéis ni su dolor sin calma,  
Consolad su amargura,  
Que por una limosna santa y pura  
Se compra un cielo y se redime un alma.

Y en cambio el Dios potente y soberano  
Raudal eterno de venturas ciertas  
Os dará por su mano,  
Y abrirá á vuestro espíritu cristiano  
De la inmortal Salem las anchas puertas.

Y allí no hay ya miseria ni dolores,  
Ni inquieto afán, ni vida transitoria,  
Solo hay perpétuas flores,  
Y eterno sol, eternos resplandores,  
¡Amor eterno, eternidad de gloria!

## TERCER TEMA.

ACCESIT.—PLUMA DE PLATA.

### ODA Á SAN JUAN DE DIOS

POR

D. AURELIANO RUIZ.

¡Granada fué su cruz, y esa es su gloria!

Al exhalar el último lamento  
Jesús en el Calvario,  
Del mundo antiguo derrumbó el cimiento;  
De la vida inmortal abrió el sagrario.

Y desde aquella celestial aurora,  
Se abrigó á porfía  
La luz, de las tinieblas vencedora,  
Hasta alcanzar la plenitud del día.

Y de aquellos radiantes esplendores,  
Cual iris de bonanza  
Surgió la *Fe*, y en cénicos vapores  
Brotó, llena de encantos, la *Esperanza*.

Y para gloria y perenal consuelo  
Del hombre sin ventura,  
La *Caridad*, emanación del Cielo,  
Sembró en la tierra su semilla pura.

Y germinó feraz, y con su esencia  
De bálsamos henchida,  
Presta nuevo vigor á la existencia  
Para cruzar las sendas de la vida.

¡Virtud sublime: el corazon humano  
Bajo tu dulce imperio,  
Templa el rigor de su pesar tirano  
Y el yugo de su amargo cautiverio!

Tú del polvo á los míseros levantas;  
La esclavitud redimes;  
Bajo los áureos artesones cantas,  
Sobre las ruinas desoladas gimes.

Rompes la lóbreguez de las tinieblas  
Y de las densas brumas,  
Los mares calmas, los desiertos pueblas,  
Y conviertes las olas en espumas.

Que allí donde tu amor, que es fin y es medio,  
Se muestra compasivo,  
Tiene todo infortunio su remedio;  
Hallas todo pesar su lenitivo.

Pues son para las almas peregrinas  
Tus dones celestiales,  
Fuente de puras aguas cristalinas  
Que brotan de fecundos manantiales.

Son como fresca sombra en el ardiente  
Y abrasador Estío;  
Así como á las plantas el ambiente;  
Así como á las flores el rocío.

¡Feliz el alma que en tus rayos arde,  
Y de perfumes rica,  
Sin vana pompa ni ostentoso alarde,  
El bien ejerce y la virtud practica!

¡Feliz el corazon cuyo latido  
Responde á tus encantos!  
¡Por tí en el mundo terrenal han sido  
Los mártires, los héroes y los santos!

Por tí subiendo *al immortal seguro*,  
Y con tu luz por guía,  
Un hombre humilde y de linaje oscuro  
Llegó á las puertas de Granada un día.

Brillo la Fe prestábale á sus ojos;  
Y así como el que avanza  
Tronchando espinas y pisando abrojos  
Por senda que ilumina la Esperanza:

JUAN, —cuyo nombre nos legó la Historia  
Y consignó elocuente  
Para recuerdo y ejemplar memoria  
De su cristiana caridad ardiente;—

Penetra en la Ciudad, triste, abatido,  
Llevando, macilento,  
Grabadas en su rostro dolorido  
Las huellas del pesar y el sufrimiento.

Y del alma en el fondo, la amargura,  
Á su dolor sujeta;  
Que tenaz el recuerdo le tortura  
De su pasada juventud inquieta.

Quizá una sombra, de su infancia amiga,  
Que por sus culpas gime,  
Allá en su mente la razon le ostiga;  
Allá en su pecho el corazon le oprime.

Y era en el tiempo que la fama abona;  
Y en que la fiel Granada  
Era un florón de la imperial corona;  
Joyel prendido á su triunfante espada.

Tiempo en que vió, con majestad severa,  
Brillar en su recinto,  
Junto á las haces de Isabel primera,  
El águila caudal de Cárlos quinto.

Ostentaba la hurrí, perla del moro,  
Entonces á millares,  
Llenos de seda, púrpuras y oro,  
Ricos templos, palacios y bazares.

Y emporio de grandeza y poderío,  
«Estrella de Occidente»  
La apellidaba el árabe bravío;  
La renombraba el español valiente.

En su Vega y sus cárnienes frondosos  
Le daban sus primores  
Y su aroma y sus jugos deleitosos,  
Los árboles, las fuentes y las flores.

Y bordaban sus campos y sus vides,  
Junto al hogar que humea,  
Los gigantesco alamos de Alcides  
Y las sonoras palmas de Judea.

Y en festones de múltiples guirnaldas  
Ornaban sus verjeles,  
Blancos jazmines y amarillas gualdas,  
Verdes mirtos y délficos laureles.

Y cuantos frutos y copiosos granos  
Dan los opuestos climas,  
Se fecundaban en sus anchos llanos  
Y de sus montes en las altas cimas.

Y rendía tributo á su hermosura  
Al coronar su frente  
De blanca toca y plácida frescura,  
La nieve eterna de su Sierra ingente.

Y su espacio poblaban, entre aromas,  
Perfumes y colores,  
Con sus blandos arrullos las palomas,  
Con sus trinos de amor los ruiseñores.

Y al rumor de las aguas y las brisas  
De su region amena,  
Le prodigaba el cielo sus sonrisas  
Á través de la atmósfera serena.

Y allí, del arte asombro, en sus cimientos  
Alzaban seculares,  
Sus trazas los cristianos monumentos  
Al par de los moriscos alminares.

Así de JUAN á la fugaz mirada,  
Apareció hechicera  
La espléndida Ciudad engalanada  
Con la luz que en sus montes reverbera.

Y su cielo al mirar, cayó de hinojos  
En lágrimas deshecho;  
Y un rayo celestial hirió sus ojos,  
Prendió en su alma y se inflamó en su pecho.

Y en éxtasis de amor y de ventura,  
Sintióse arrebatado  
Á la eterna region donde fulgura  
Lo inmenso, lo infinito, lo increado.

Y al contemplar la eterna maravilla  
Del Sér Omnipotente  
Ante quien toda potestad se humilla,  
Hundió en el polvo sideral su frente.

Vuelto á la triste realidad que aterra,  
Vislumbra su destino;  
Y al hallarse otra vez sobre la tierra,  
Toma su cruz, y emprende su camino.

La abnegación y la constancia fuerte,  
Sirviéronle de égida,  
En los rudos embates de la suerte,  
Y en las revueltas luchas de la vida.

Y ejemplo vivo del amor sublime,  
La caridad implora,  
Para extinguir los ayes del que gime,  
Para enjugar los ojos del que llora.

Y en tanto que alimenta y da su abrigo,  
Su albergue y su consuelo  
Al pobre y al anciano y al mendigo,  
Su sien reclina sobre el duro suelo.

Tan fiel memoria la Ciudad resguarda  
De asolación impía;  
Que aún existe el zaguan en que se guarda  
El asiento de piedra en que dormía.

El pueblo ingrato á la moral severa,  
Tuvo su amor en poco:  
Por loco le tomó con saña fiera  
Y por do quier le apellidaba *el loco*.

Y el ultraje soez, y el golpe rudo,  
Y la terrible afrenta,  
Jamás lograron quebrantar su escudo:  
Siempre la lucha el ímpetu acrecienta.

Así el arroyo en su veloz huida,  
Si encuentra su corriente  
Por extraña barrera interrumpida,  
Rompe su cauce y tórnase en torrente.

¡Sublime abnegación: tu excelsa idea  
Tan infinita y santa,  
En su propio heroísmo se recrea  
Y en su misma grandeza se agiganta!

¡Divina Caridad! llama fecunda  
De vívidos fulgores  
Que cielo y tierra de placer inunda  
Con la brillante luz de sus amores:

Tú fuerza y norte en la existencia fuiste,  
Y compañera y guía  
De aquel ángel de amor, que pobre y triste  
Llegó á las puertas de Granada un día:

Para olvidar con prácticas austeras  
Que á su vivir errante,  
Sombra dieron las bélicas banderas  
Del gran emperador Cárlos de Gante:

Y para hacer patente que en su anhelo  
La Caridad alcanza,  
Á descorrer el pabellon del cielo  
Y á realizar del mundo la esperanza!

JUAN se llamó DE DIOS; de Dios el faro  
Le iluminó tranquilo.  
Benigno el cielo le prestó su amparo,  
Y él á sus pobres les dejó un asilo.

La Religión, del mundo para ejemplo,  
Bendice su memoria,  
Le alza un altar y le consagra un templo:  
¡Granada fué su cruz, y esa es su gloria!

## CUARTO TEMA.

PREMIO.—PENSAMIENTO DE ORO.

## ROMA PAGANA.

POESIA

DE LA

Sra. D.<sup>ca</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.

*Toda grandeza humana es polvo y nada,  
tan solo es inmortal la Cruz sagrada.*

¿Dónde vas, Pueblo-Rey? ¿Por qué afanoso  
Llenas las calles de la invicta Roma,  
Cual agitado viento impetuoso,  
Que en su empuje violento y poderoso  
Alas del huracán, silvando, toma?

¿Adónde vas, que en tu insensato anhelo  
Al pensamiento en rapidez igualas,  
Y en confuso tropel cruzas el suelo,  
Como atraviesa la extensión del cielo  
Un ave inmensa de gigantes alas?

¿Es, que sobre la escena en esta hora,  
Deseñada la púrpura y el manto,  
Pulsa Neron la cítara sonora,  
Y que el mundo le aclame intenta ahora  
En vez de César, como Dios del canto?

¿Y tú sin fuerzas, y enervado y ledo,  
De falsa admiración haciendo alarde,  
Vas á escucharle estremecido y quedo,  
Y en entusiasmo convirtiendo el miedo,  
Esclavo al fin, le aplaudirás cobardo?

¿Es que quiso en hoguera encandescida  
Trocar esa extensión en que te arrojas,  
Y por olas de fuego circuida  
Roma entera se mira convertida  
En mar de llamas con espumas rojas;

Y de espanto y sorpresa estremecido  
Huyes y corres en tu afán incierto,  
Y al espacio, á tus ojos extendido,  
Te lanzas cual rebaño perseguido,  
Como río sin cauce ó mar sin puerto?

¿Es... pero no: que en el fulgor ardiente  
Que hoy brilla ¡oh Roma! en tu imperial mirada  
La angustia no se pinta, ni en tu frente  
La triste huella del pesar doliente  
Ni el profundo terror, se ve mareada.

Otro es el móvil que tus pasos guía,  
Otro el anhelo que á expresar aciertas  
Con tus gulas, tu afán y tu alegría:  
Tú no corres inquieta en este día  
De la ciudad á las cercanas puertas.

¡Al circo vas! de músicas y flores  
Inundado ya está su circuito,  
Hoy no luchan sus bravos gladiadores,  
Pero banderas mil de cien colores  
Ondean en sus arcos de granito

Y acá y allá, de formas colosales,  
Blancas estatuas el espacio inmenso  
Decoran en sus altos pedestales,  
Y en vasos de alabastro, en espirales  
Se elevan nubes de aromado incienso.

La torpe meretriz, la sien ornada  
Con las rosas de Chipre, destrenzado  
El tendido cabello, la mirada  
Sin resto de pudor, de grada en grada  
Va, con el seno impuro mal velado.

Ordénanse agrupadas las legiones  
Que del tribuno ante la voz se humillan:  
Desgarra el sol sus rojos pabellones,  
Y del trono en los anchos escalones  
Haces de lanzas á su llama brillan.

El noble senador alza la frente  
Envolto entre su parda laticlava,  
Y avanza hasta su puesto lentamente,  
Intentando en su afán inútilmente  
Abrirse paso entre la turba esclava.

En altas sillas de marfil y oro  
Asiéntase el Edil, grave y erguido,  
Y del clamor lejano al rudo coro  
Responde aterrador, claro y sonoro,  
De los feroces tigres el rugido.

El pueblo aplaude con afán profundo:  
Arrojan en el fuego nuevo aroma,  
Que, cercado de brillo sin segundo,  
Altivo llega el vencedor del mundo  
César, y Cónsul, y Señor de Roma.

¡Vedle! ¡allí está! sereno en este día  
La diadema imperial su sien ostenta;  
Y en tanto que le aclaman á portia,  
Con su sonrisa desdeñosa y fría  
Sus siervos mira, y sus esclavos cuenta.

La muchedumbre al verle se estremece,  
Sordo rumor en derredor se escucha:  
La plebe, en el afán que la enloquece,  
Grita, pidiendo que la fiesta empiece,  
Grita, pidiendo la sangrienta lucha.

Da el César la señal: crece el estruendo:  
El circo ya los pretorianos fieles  
Van despejando, su deber cumpliendo,  
Y luego al replegarse, van cubriendo  
Del estrado imperial los escabeles.

Todo está pronto; y el clamor resuena  
De un pueblo que se agita en su delirio.  
El Licitor dice un nombre, y en la arena  
Se mira aparecer, noble y serena,  
Y dispuesta la víctima al martirio.

Mas ¡ay! no es el atleta que animoso  
Se presenta en la liza desarmado:  
No es el Galo atrevido y vigoroso;  
Ni es el Germano inquieto y orgulloso,  
Si vencido en la lid, nunca domado.

¡Oh! Roma, Roma, en tu extension pagana  
Más brillante espectáculo no has visto;  
¡Que es una vírgen tímida y cristiana  
Quien va á luchar contra la Tigre hircana  
La Cruz siguiendo y confesando al Cristo!

Blanca es su frente, celestial y pura  
Cual la azucena que en los valles crece;  
Y es blanca la flotante vestidura  
Que envuelve leve su gentil figura  
Y al soplo de las auras se estremece.

Suelto el cabello que envidiara el oro,  
Trémulo el labio en que el gemido brota  
Y ocultando de perlas un tesoro;  
Mal comprimida, del amargo lloro,  
En las pupilas la brillante gota:

Del pobre corazon de angustia lleno  
Queriendo acaso en sus esfuerzos vanos  
El rápido latir, tornar sereno:  
Plegando humilde sobre el casto seno  
Las inocentes y convulsas manos.

Tal se presenta, débil y azorada  
Sola y sin velo la gentil doncella,  
Y al dirigir en torno la mirada  
Palidece su frente immaculada  
Donde el santo pudor marcó su huella.

Que el pueblo audaz mirándola murmura  
Tal vez llamando á su señor tirano:  
Y al ver su juventud y su hermosura  
Quizá la juzga en su ilusion impura  
Venus, la Diosa del amor pagano.

Y un solo grito en los espacios suena,  
Luz á los ojos que la miran falta,  
Cuando abierta la jaula y sin cadena,  
Del ancho circo en la menuda arena  
Una pantera enfurecida salta.

Todo en silencio queda; ni un gemido  
Gira del viento en los perdidos sonos:  
Casi pudiera percibirse el ruido  
Que produce, agitándose, el latido  
De mil antes serenos corazones.

Mira en redor inquieta y recelosa  
La fiera reina del desierto brava,  
Y avanzando enoigida y cautelosa,  
En la inocente víctima, afanosa  
La mirada feroz hambrienta elava.

¡Ay de la vírgen! incolora nieve  
Son ya las rosas de sus labios rojos:  
Tiembala agitada como arista leve:  
Á mirar á la tierra no se atreve  
Y al cielo torna los celestes ojos.

Las manos tiende en la extension vacía  
Y su rodilla sobre el suelo toca  
Cual flor que muere al espirar el día:  
Mas, en tan rudo instante de agonía  
Piensa en su Dios y con fervor le invoca.

¡Oh! ¡la fuerza está en él! luz soberana  
Sobre su frente virginal descende:  
Vencida queda la flaqueza humana  
Porque la llama de la fe cristiana  
Como sol inmortal su pecho enciende!

¡Ya ante sus ojos desaparece el mundo,  
Un nuevo día en su horizonte brilla:  
¡Á Aquel ve solo, que en su amor profundo  
Con su poder inmenso y sin segundo  
Sostiene al débil y al soberbio humilla!

Ya su bien mira en la cereana muerte,  
Ya mira en el martirio la victoria,  
Y ya tranquila y confiada y fuerte,  
Su empezada oracion, feliz convierte  
En himno santo de esperanza y gloria:

Y de rodillas con la faz serena  
Aguarda inmóvil el terrible embate:  
¡Cruge oprimida la infecunda arena,  
Y cual tronchada y pálida azucena  
Dóblase al fin sin lucha y sin combate!

¡Sangre colora su marchita frente;  
Saltando en anchas y calientes gotas;  
Y su nevada túnica inocente,  
Roja se torna, con la sangre hirviente  
Que brota á mares de sus venas rotas.

¡La inquieta multitud, grita en su anhelo!  
¡Termina de la mártir la agonía!  
¡Gloria á la vírgen, que aspirando al cielo  
Al adormirse en el culpado suelo  
Fué á despertar en la region del día!

.....  
.....

Veneiste oh Roma! Emperador pagano;  
Hoy altares á Júpiter levanta!  
¡Aclámale al pasar, pueblo romano,  
Y esta hazaña inmortal de tu tirano  
Con alto ritmo y ditirambos canta!

¡Mas tiembala, y ay de tál tus peregrinas  
Grandezas, tu esplendor, tus monumentos,  
Y aun tus siete magníficas colinas,  
Serán en breve carecomidas ruinas;  
Polvo espareido por los cuatro vientos!

¡Y esa cruz que escarneces, soberana  
Se alzará sobre el alto Capitolio:  
Que humillada por Dios, Roma pagana,  
Del manto de sus Césares, mañana  
Hará á la invicta cruz brillante sólio!

-----

## QUINTO TEMA.

PREMIO. — PLUMA DE ORO.

# LA CRUZ BLANCA.

TRADICION GRANADINA

POR

D. JOSÉ ACOSTA Y WERTER.

*¡Pulvis erit!*

I.

Un delicioso y encantador panorama se presentaba á la vista desde el camino que conduce de Santafé á Granada, al terminar la recta avenida sombreada por copudos árboles que hoy es calle Real de San Lázaro, en una hermosa y apacible tarde del mes de Mayo, del año 1539 de nuestra era.

El sol, declinando hácia el ocaso, lanzaba sobre la poblacion sus últimos y más dorados rayos, tiñendo con ráfagas de topacio sus hermosas huertas, sus pintorescos edificios en forma de anfiteatro, las elevadas agujas de sus iglesias, y sus gigantescas montañas que en el fondo se confundian con el zafiro de su cielo incomparable.

Al frente, en primer término, el extenso erial cementerio de los árabes, hoy campo del Triunfo: más lejos, la magnífica puerta de Elvira, (*vib-Elveira*) rompiendo la alta muralla que á la poblacion circunja; la que, perdiéndose á la vista por un lado en la puerta del Boqueron, y elevándose por el otro en desigual pendiente por el barrio de la Alhacaba, veíase como abandonada cinta por la cerca llamada de Don Gonzalo, hasta esconderse entre verdes árboles y floridos frutales,

Sobre la puerta de Elvira, la Monaita ó de la Bandera; y el barrio del Zenete, y el Albaicín, destacando sus edificios entre irregulares masas de verdura, onduladas como penachos floridos, sobre los rojizos tejados. Más allá, fantásticas montañas de azuladas tintas; y aún más lejos, lo maravilloso, lo increíble como vision de un sueño: la gigantesca Sierra con sus nevados picos, que amenguando la distancia por ilusión óptica, parecían unir sus rosados reflejos con los naranjos y limoneros de sus laderas; los hielos del Norte, en natural consorcio con la más exuberante vejetación tropical.

En aquella tarde, y en aquella hora, lucida, aunque fúnebre comitica, avanzaba por el mencionado camino.

La componía una escogida tropa de caballeros y magnates de la corte del Emperador Carlos V, que perfecta y lujosamente armados, montando briosos corceles, y acompañados por sus escuderos, palafreneros y pajes, rodeaban una espaciosa litera, en que iba colocado un ataúd de plomo.

Habiendo muerto en Toledo, el primer día de aquel mismo mes, la joven Emperatriz Doña Isabel de Portugal, era su cadáver trasladado por voluntad del César, á la Real Capilla de Granada.

Negros eran los grandes paños de recamado terciopelo que cubrían el ataúd y el pesado vehículo, y los arneses, penachos y paramentos de los caballos que lo conducían, campeando en sus relieves y adornos de oro, el imperial blason. Los escuderos y los pajes llevaban encendidos gruesos blandones de amarilla cera, y cerraba el cortejo una escolta de lanzas de la guardia del Emperador.

Próximo á la litera, conteniendo los arranques de un brioso potro cordobés, vistiendo rica armadura, pero sin airon ni divisa en señal de duelo, cabalgaba, sin avanzar ni adelantar un paso, la cabeza inclinada sobre el pecho, y fija la vista en el régio ataúd, el Marqués de Lombay, heredero del Ducado de Gandía, encargado por Don Carlos de hacer entrega del cadáver de la que fué su esposa, al clero de Granada.

Cerca ya de la población, al dar vista á la puerta de Elvira, la comitiva hizo alto, y esperó la llegada de otra, no menos lucida y mucho más numerosa, que entonando fúnebres salmodias, por las puertas de la ciudad adelantaba.

## II.

La Emperatriz era aún joven cuando murió, y siempre había sido hermosa.

Poco tiempo despues de su llegada á España y de sus bodas en Se-

villa vino, con el César su esposo, á visitar el más hermoso florón de su imperial corona; y, por extraño, y más que extraño desconsolador contraste, á los trece años volvían para ser en ella depositados sus inanimados restos.

En la morada de los reyes árabes, en esa Alhambra, maravilla del mundo, encanto y orgullo de los propios, sueño y envidia de los extraños, edem creado por el amor y la voluptuosidad, con sus melancolías y sus silencios, sus sombras y sus murmullos, sus misterios y su fascinación irresistible, sintió acaso la hermosa Doña Isabel los primeros síntomas de maternidad; y el joven Emperador, al lado de su esposa, gozó de días deliciosos, acaso los más bellos y tranquilos de su agitada vida.

En grata conmemoración de tan dulce recuerdo, soñó entonces, que sus restos y los de su esposa, hallasen en su día, con los de sus abuelos venerandos, eterno reposo bajo su hermoso cielo; y además proyectó ó hizo principiar la construcción del gran palacio.

Pero... como prueba de las vicisitudes del tiempo... hoy, ni la hermosa ciudad guarda sus cenizas..... ni el palacio se concluirá jamás.

La historia nos dice, que dotada la Emperatriz de hermosura extremada y excelente índole, era además sabia y magnánima.

Las expediciones del Emperador fuera de la Península eran frecuentes y justamente motivadas, por las guerras y disensiones en Italia y el Piamonte, Flandes y Alemania; enemistades y convenios con Francia y con el Papa; irrupciones de los turcos, célebre expedición á Túnez, y los serios y trascendentales trastornos producidos por los luteranos del Norte. Y en estas ausencias, más ó menos dilatadas, la Emperatriz, con el consejo de varones ilustres, ejerció la gobernación del reino á satisfacción de todos.

Y, guardadora fiel de la dignidad que ostentaba, y del honor de su esposo, jamás las nubes que acaso alguna vez en su imaginación surgieran, empañaron su purísima frente; y, ni la historia ni la crónica han podido hallar la más ligera sombra en aquella corta existencia, en aquel fugaz reinado, en aquella angelical figura, modelo acabadísimo de virtud y abnegación.

El joven Marqués de Lombay, por sus honrosos oficios en palacio, siempre al lado del Emperador, y más aún, del príncipe heredero Don Felipe, tuvo necesaria ocasión del más íntimo contacto con la Emperatriz.

Desde el primer instante, su juvenil imaginación concibió un afecto tan vehemente y sincero por Doña Isabel, que sus facultades todas eran poco para admirarla, y su adhesión constante insuficiente para servirla; pero este sentimiento, que bien pronto se convirtió en ado-

racion respetuosa, absorbía de tal modo su imaginación y su alma, que no dejaba lugar ni á una sombra, ni á un pensamiento, ni á un deseo de amor terreno.

Así, entusiasta admirador de sus virtudes, ciego idólatra de las bellezas de su alma, hizo de su amor una religión; de su adoración un culto; y, sin discernimiento, sin voluntad propia, siguió siempre á la Corte en Toledo, Valladolid y Barcelona, esclavo de aquella pasión platónica, por nadie sospechada, tan exenta de halagadoras esperanzas como de tempestuosos celos, y dispuesto siempre á la abnegación y al sacrificio.

### III.

De regreso de Niza el Emperador, donde acababa de ajustar una nueva tregua con el Papa y con el rey de Francia, celebró Cortes en Toledo, que por cierto fueron bien borrascosas; y en este tiempo falleció la Emperatriz, al dar á luz otro príncipe, también muerto. El Duque de Gandía, que por asuntos de su cargo estaba ausente, volvió precipitadamente á Toledo al saber la triste nueva.

Llegó; y, en uno de los salones del palacio, tapizado de negro y oro, vió, expuesto en un magnífico féretro rodeado de infinitos blandones, el cuerpo inanimado de la Emperatriz. Dignidades de la Iglesia, frailes y ricos-hombres oraban, y el silencio era solo interrumpido por el melancólico murmullo de las preeces.

Doña Isabel, en el lecho mortuario, que sus damas habían casi cubierto con flores olorosas, parecía reposar dormida. Tenía los ojos blandamente cerrados; la nítida blancura de sus mejillas transparentaba las azules venas; sus labios, pálidos como un capullo separado del fresco tallo, parecían sonreír; y sus manos de alabastro, estrechaban un crucifijo, sobre su seno de formas virginales.

Flaquearon las rodillas á Lombay, se estremeció su corazón, y juntando sus manos, cayó de hinojos; y en aquel supremo instante, absorbiendo con tenaz mirada y con extático arrobamiento el mármoleo rostro y el rígido cuerpo de su ídolo, sintió en su sér la revelación aterradora de la vehemencia de aquella pasión voraz, hasta entonces contenida, alma de su existencia y vida de su pensamiento.

Y el dolor y la desesperación ofuscaron su mente; y extrañas visiones y horribles fantasías oscurecieron su entendimiento; y subiendo como densas brumas del corazón á la cabeza, perturbaban su razón, próxima á desvanecerse en el vértigo y acaso en la locura.

### IV.

La temprana muerte de la Emperatriz, que aún no contaba treinta y ocho años, fué muy llorada por su esposo, y sentida por todo el reino. En Toledo se le hicieron suntuosísimas exequias; y hasta en Francia, á pesar de las enemistades del rey Francisco, le hicieron solemnes honras.

El Emperador dispuso que con gran pompa fuesen conducidos sus restos á Granada, y Gandía fué, como ya hemos dicho, el encargado de la triste misión.

Verificóse la marcha; y en los puntos por donde pasaba el fúnebre cortejo, el clero, las corporaciones y el pueblo, acudían á rendir al egregio cadáver tributos verdaderos de preeces y de lágrimas.

Al sufrir la inteligencia de Lombay el rudo choque producido por la inesperada muerte de aquel sér tan querido, y sentir, por revelación tardía, la transformación del amor ideal, único placer de su soñadora existencia, en la devoradora pasión que torturaba su alma y excitaba su pensamiento, era para su mente alcanzar la realización de los delirios que alimentaba, creerse dueño único de los restos inanimados de la que, en vida fué tan solo, casto ideal de sus dorados sueños.

Y aceptó con gratitud, pero como de propio derecho, el cargo de confianza que el Emperador le confirió; pues juzgaba, en la ofuscación de sus ideas, que, rotos por la muerte los vínculos que á Doña Isabel unían con el mundo, él solo era acreedor á la posesión de aquel cadáver, de aquel féretro, que encerraba todos los afectos de su corazón, todas las aspiraciones de su fantasía, las ilusiones todas de su espíritu.

Y, celoso guardador, no se alejaba un momento de aquel tesoro; y el alimento no le era preciso, ni el sueño indispensable. Y cuántas veces, en las horas de descanso del lento viaje, durante el cual ni aun despojóse de su armés, recostando su febril cabeza en el ataúd, y al parecer dormido, sentía, creía ver que el augusto cadáver, desprendiéndose de su funeral mortaja, renacía á una segunda vida, y le mostraba otro mundo ideal, donde, exentos de debilidades carnales y de sociales preocupaciones, sus espíritus unidos por amor indefinible, gozaban de placeres nunca descritos, delicias inconcebibles, y éxtasis jamás soñados por la más delirante fantasía!

De este modo, á muy lentas y cortas jornadas, que fueron de goce y martirio para el Marqués, llegó á Granada el cortejo, en la hermosa tarde de primavera, en que principiamos este informe relato.

V.

La comitiva que por el llano adelantaba, compuesta del clero de la Catedral y de la Real Capilla con el reverendo Arzobispo D. Gaspar de Ávalos á la cabeza, las parroquias de la ciudad con cruces y mangas, la Real Chancillería, Inquisición, comunidades, grandes, títulos y caballeros, todos llevando hachas encendidas, avanzó, rodeada y seguida de numeroso pueblo, hasta encontrarse con la que conducía el régio ataúd.

Colocado el féretro en un estrado preparado al efecto, principiaron las preeces de la iglesia.

El Marqués, en uso de su especial prerogativa, en pié, al lado del ataúd, contraída la fisonomía, rugosa la frente y estrujando con su crispada mano uno de los extremos de la bordada tela, semejaba un rígido espectro, en que la vida toda hubiera refluído á la febril expresión de sus ojos, enrojecidos por el insomnio y por las vigiliás. Parecía haber envejecido diez años.

El grave silencio de la compacta multitud solo era interrumpido por los monótonos ecos de los fúnebres cantos. La tarde terminaba. Los últimos reflejos del sol poniente doraban con enérgicos toques los puntos más elevados del bello paisaje, y las azuladas sombras invadiendo los planos del terreno, y haciendo brillar las luces de los blandones y de las hachas, daban mayor melancolía, más triste solemnidad á aquella escena.

Las lombardas de la Alcazaba y de la Alhambra lanzaban al espacio el eco de sus repetidas salvas, y las campanas de todas las iglesias de la ciudad enviaban con las auras sus lígubres tañidos, desde las enhiestas torres.

*«El día en que el espíritu se exhala, cantaban los sacerdotes, vuelve el cuerpo á su tierra original, y todos los vanos pensamientos desaparecen.»*

*«¿Por qué, Señor, apartas de mí tu rostro y me tratas como enemigo? ¿Por qué muestras tu poder contra una hoja que arrebató el viento, contra una paja que arrastra el vendaval?»*

*«Los años vuelan rápidos, y jamás volverán por el camino que recorren.»*

Aun cuando el alma de Lombay parecía extraña á todo lo que pasaba á su alrededor; la triste armonía de aquellos cantos del Libro de Job hería su cerebro, hallando en ellos el eco de sus mismas tristezas; y al oír,

*«Pisaron mis días; todos mis pensamientos se desvanecieron, y se dispersaron todas las esperanzas de mi corazón. Dijo al sepulcro, tu serás mi padre, y á los gusanos, vosotros seréis mi madre y mis hermanos...»*

Un frío glacial penetraba en su alma, y aquellas voces se le hacían aterradoras y siniestras.

*«Mis días se han desvanecido como el humo, y en polvo se han convertido mis huesos.»*

*«Los muertos duermen en el polvo; pero ellos resucitarán. ¡Resucitarán!»*

Y el coro respondía...

*«¡Resurgent!... ¡Resurgent!...»*

Cesaron los cantos: era llegado el momento de hacer la entrega del cadáver.

El Marqués, que anhelaba con ansia y temía con terror aquel instante, desprendió de su cuello la dorada llave que sobre el corazón llevaba, y más pálido aún, casi vacilante, haciendo sobre sí mismo un violento esfuerzo, con la resolución suprema del soldado avanzando á la trinchera tras una muerte probable, hizo girar las cerraduras del ataúd; y, al mismo tiempo que los pajes levantaban la pesada tapa, con mano firme, y, conteniendo los latidos todos de su corazón... arrancó el rico sudario que cubría el rostro de la muy hermosa señora, la Emperatriz Doña Isabel.

Un grito de sorpresa se oyó; una exclamación de horror exhalada por todos aquellos que por su proximidad podían ver el cadáver. El mismo Lombay retrocedió un paso... y se cubrió de helado sudor su torva frente.

¡Era una visión terrible!... El semblante de la muerta aparecía horriblemente desfigurado. Su color densamente cárdeno: los ojos vacíos por la descomposición; descubiertas las fosas nasales: la boca, excesivamente abierta por contracción extraña, al simular horrible mueca, mostraba sus dientes, antes como perlas, y entonces largos y descarnados!...

El Arzobispo, repuesto el primero de su sorpresa, preguntó á Lombay, con las fórmulas acostumbradas, si prestaba juramento de ser aquel el cuerpo de la difunta Emperatriz.

El Marqués, tan lívido casi como el cadáver, apoyando una mano sobre el ataúd, y la otra sobre su pecho, exclamó con voz que no parecía de este mundo.

—Juro, señor, que este ataúd que aquí veis, es el mismo de que se

me hizo entrega en Toledo: juro tambien, que este ataúd no ha sido abierto, ni tocado, ni perdido de mi vista!... Pero, ¡jurar que ese cuerpo, ese rostro, sean de la Emperatriz Doña Isabel, mi señora, cuya belleza solo era comparable á la de los ángeles!... eso... jamás, jamás!...

Volvióse á cubrir el féretro, y la procesion púsose en marcha hácia la ciudad, dejándose oír de nuevo los cantos sepulcrales.

*«Señor, yo clamo á tí desde el fondo del abismo: lleguen á tí mis clamores!»*

*¡Devolveremos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza, y el polvo al polvo!»*

*¡Bienaventurados los muertos! ¡Dichosos los que mueren en el Señor!!*

Solo ya Lombay, que habia ordenado á su escudero le dejase, llevándose el caballo, seguía con ojos extraviados la ya lejana comitiva, hasta que envuelta en los misteriosos reflejos del crepúsculo, desapareció por la puerta de Elvira; y en tanto, repetía murmurando:—¡Señor... desde el fondo del abismo te imploro!... ¡lleguen á tí mis clamores!...

## VI.

Cuando ya se hubo extinguido todo rumor, todo eco de la descrita ceremonia, el Marqués dejó caer la cabeza sobre el pecho, y, maquinalmente, se internó por una revuelta senda, que cruzaba las huertas y campos de la derecha del camino.

La noche habia llegado: sus sombras avanzaban, y algunas pálidas estrellas destacaban ya su luz en el oscuro cielo.

La soledad de aquellos terrenos era completa; y solo se percibían esos mil rumores del campo solitario, que no interrumpen el silencio, ni distraen la meditacion.

Lombay caminaba con vacilante paso, como impelido por extraños resortes, sin sentir el viento en su desnuda cabeza, sin objeto ni direccion, por sendas y sembrados; cuando, al rodear unas altas tapias que hasta entonces no habia visto, llegaron á su oído ecos lejanos de extraña armonía que parecían descender del cielo; y era tan vago y dulce su sonido, que se sintió fuertemente impresionado; y adelantóse por aquellas cercas, como atraído por aquel himno de paz; y subió una corta escalinata, y salvando una puerta que estaba entreabierta, hallóse bajo las sombrías bóvedas de un inmenso templo.

La extension de sus naves, escasamente alumbradas por los mortecinos reflejos de alguna lámpara en el espacio suspendida, se perdía

en la oscuridad del fondo y en las curvas invisibles de su elevada cúpula.

Ténues reflejos de la claridad exterior del cielo, filtrándose por los pintados vidrios de sus rasgados tragaluces, producían caprichosos y fantásticos efectos de luz con azuladas tintas, en los relieves, imágenes y figuras del majestuoso retablo en que la iglesia terminaba; y, ante el altar mayor, se distinguían algunas informes sombras arrodilladas, y otras, que se movían silenciosas, y se perdían, y volvían á aparecer, como fantasmas en antros desconocidos.

La preocupacion del Marqués no le permitía darse cuenta del lugar donde se hallaba: los misteriosos ecos que le atrajeran habian cesado por completo, y el silencio era cada vez más pavoroso.

Al perder de vista el cielo, al dejar de aspirar las siempre puras brisas del campo, la sorda tempestad que rugía en su pecho se habia exaltado; y aquel misterio, y aquel silencio, y aquella oscuridad, armonizando con el estado de su espíritu, aumentaban la ofuscacion de su mente.

Separado para siempre del fantástico móvil de sus desvelos, se halló solo en el mundo, sin objeto en la vida, sin norte su existencia; sin porvenir, sin rumbo y sin aliento...

Miraba en torno de sí, y nada hallaba que atenuar pudiera sus aflicciones... miraba al cielo... y acaso una imprecacion blasfema pugnaba por brotar del corazón á sus labios!...

Y recordaba aquel desfigurado rostro, cuya horrible deformidad parecia querer anteponerse á los bellos recuerdos del ideal perdido... y las fúnebres antorchas pasaban y repasaban con dudosa claridad ante sus cerrados ojos... y el canto de los monjes, y las tristísimas salmodias zumbaban en sus oídos, y se confundían en su pobre cerebro, ya próximo á estallar...

Á poco, la suave música volvió á dejarse oír. Era el órgano cuyos raudales de armonía extendiéndose por las desiertas naves parecían descender de los espacios infinitos; y voces viriles, pero contenidas, se mezclaban, á los acordes del grandioso instrumento, en plegarias fervientes y en himnos de dulces melodías, imponentes, consoladoras y misteriosas, como la religion de que son eco.

El Marqués, sorprendido, atónito, escuchaba con extraña fruicion aquellos gratos acentos de paz, y parecíale que á su benéfico influjo, dulce laxitud iba gradualmente reemplazando á la terrible excitacion de su febril delirio.

De repente la débil luz de las lámparas pareció animarse, crecer y confundirse con otra claridad que de la misma oscuridad nacía, más diáfana, y más lánguida y hermosa que los albores juntos de todas las auroras y de todos los crepúsculos; y murmullos y armonías, más

dulces que los sonidos de cien arpas, más sentidas que los acentos de todas las aves canoras, brotaban de aquel foco de luz, que se extendía y se agrandaba al difundirse, llegando hasta Lombay.

Y allí, en lo más alto, entre dorados vapores como eternos efluvios de increada luz, creyó ver aparecer la imagen adorada de Doña Isabel, no como últimamente la había visto, hedionda escoria de humanas vanidades, sino más radiante y más bella que en sus más felices días; envuelto su cuerpo en vaporosas nubes, transfigurado y divinizado su dulcísimo semblante, y reflejándose en la sublime expresión de sus ojos los célicos destellos de la bienaventuranza . . . . .

La combatida inteligencia del Marqués no pudo ya soportar tantas y tan violentas emociones, y cayó al suelo desvanecido.

VII.

Los monjes de San Jerónimo, después de haber rezado sus oficios nocturnos, al ir á cerrar el suntuoso templo en aquella época apenas concluido, vieron al desmayado caballero; y conduciéndolo á una celda, le prodigaron sus caritativos cuidados.

Al volver en sí, era presa de una violentísima fiebre que puso en riesgo su vida; salvóle, sin embargo, de aquella crisis, su juventud y fuerte naturaleza; pero su corazón había quedado herido.

Poco tiempo después abrazó la vida monástica; renunció todos sus bienes, honores y títulos por vestir el hábito de Loyola, siendo el resto de su vida ejemplo de humildad, de virtud y de caridad cristiana: rehusó varias veces la púrpura cardenalicia, y fué su muerte la del justo.

Canonizado por el Pontífice Clemente X, aquel que había sido en el mundo Marqués de Lombay y Duque de Gandía, fué venerado por la Iglesia en el catálogo de sus santos con el nombre de *San Francisco de Borja*.

Aún conserva y refiere el pueblo de Granada tan edificante tradición, que la historia consigna; y aún subsiste desde aquella época, en el sitio donde tuvo lugar la entrega y reconocimiento del cadáver de la Emperatriz, cerca del Campo del Triunfo, una esbelta cruz de mármol que perpetúa el hecho, y es conocida con el nombre de la *Cruz Blanca*.

Mayo de 1880.

## QUINTO TEMA.

ACCESIT.—PLUMA DE PLATA.

# LA CRUZ BLANCA.

TRADICION GRANADINA

POR

D. CÁRLOS LUIS CUENCA.

...su hermosura toda y su resplandor como flor de heno.

ISAÍAS, c. 11, v. 6.

Era el 7 de Mayo de 1539.

Solamente quien haya tenido la suerte de ver un hermoso día de primavera en la pintoresca región del Dauro y Genil, podrá formar idea exacta del delicioso aspecto de Granada en aquella memorable fecha.

La nacarada frente de Sierra Nevada reflejaba la luz del sol con diamantinos destellos; la volcánica mole de Sierra Elvira esmaltaba sus calientes tonos con los cambiantes del ópalo; y entre este ancho peristilo de montañas, la extensa y fértil vega lucía su aterciopelado verdor de tan varios y riquísimos matices que bordan en caprichosas líneas las sendas y arroyuelos, y animan acá y allá los blancos caseríos, bellísimas notas de luz con que un sublime pincel animó el gigantesco cuadro que no tiene rival en su conjunto.

Voluptuosa sultana reclinada muellemente sobre el lujoso tapiz de Persia al arrullo de las fuentes de su encantado aposento, parecía la ciudad mansamente dormida sobre la vega entre las poéticas corrien-

tes de sus rios, adornada con sus floridos cármenes y coronada por la mágica Alhambra, cuyas rojas torres parece que brotan sobre la verde frondosidad como las flores del granado entre el tupido ramaje.

Iluminando los detalles todos de tanta belleza, brillaba con pura claridad el astro del día sobre un cielo del más diáfano azul, donde ligeras nubecillas que fueron levantándose á la aurora, disipábanse insensiblemente, como se pierde un eco en la distancia ó como el aroma de una flor que en el aire se evapora y desvanece.

Como si de alegre festividad se tratase, la poblacion toda se aglomera á la Puerta de Elvira y espárese por el Campo del Triunfo.

Allí veíanse los artistas que labraban los cristianos monumentos, hablando siempre aparte de sus trazas y proyectos.

Los severos licenciados que ni un momento olvidaban la austera gravedad del Tribunal.

Los soldados jactanciosos abriéndose paso á empujones entre los llanos menestrales. Las nobles damas luciendo bizarros lutos... y los maltratados moriscos mal encubriendo bajo el humilde aspecto el rencor profundo que de los más dichosos cristianos les separaba.

Un solo suceso ocupaba en las más distintas conversaciones á los varios grupos allí reunidos; y de la misma manera que cae una luz solar y en cada objeto brilla con diverso color, aquel único suceso era referido y comentado en las más varias formas.

Todos se ocupaban de la muerte de la Emperatriz Isabel, desdichado acontecimiento que llegó á turbar los alegres festejos de Toledo donde se celebraba á la sazón la reunion en Córtes de los Procuradores de Reino.

Quién recordaba la venida á Granada de la Emperatriz, trece años antes y describía minuciosamente los más pequeños detalles de su traje, su entrada en procesion en la Catedral, el costoso recibimiento que la Ciudad hizo á los Emperadores, sin olvidar la corona de oro del Dauro que les fué ofrecida, ni las ágiles y difíciles *leylas* que las moriscas danzaron.

Quién haciendo alarde de su memoria precisaba la hora y los minutos de los dos terremotos del 4 de Julio de 1526, que tanto impresionaron á la Emperatriz.

Este alababa su buen corazon señalándola como mediadora con el César en favor de los moriscos, y era contestado por un reverendo que censuraba aquella misma benignidad que suspendía el acuerdo de la Junta de Prelados y Doctores que en la Capilla Real propusieron dejasen aquellos sus apellidos, trajes y lenguas, olvidando sus juegos y costumbres, todo bajo severísimas penas y para la mayor exaltacion de la fe: y los aludidos á quienes llegaban las palabras del celoso familiar, murmuraban entre ellos del cumplimiento de lo pactado cuando

la entrega y de los tributos cuantiosos que les costaba la suspension de aquel famoso acuerdo.

Acá en un corrillo de rufianes discutíase sobre si la muerte de la Emperatriz habia sido natural ó si en ella tendrian parte las consabidas *yerbas* á que el vulgo atribuye comunmente la muerte de los soberanos.

Más allá en un grupo de honradas comadres se aseguraba haber profetizado el suceso una madre de Santa Isabel la Real que estaba en opinion de santa; y vieja hubo que, sin gozar de esta opinion afirmaba haber visto en el cielo seis meses antes señales inequívocas de muerte de Rey ó Reina, peste ó discordia entre los príncipes cristianos.

Fueron llegando, en esto, el Arzobispo, el Clero, el Presidente de la Chancillería y el acompañamiento oficial que habia de entregarse del cadáver y conducirlo á la Capilla Real, y las campanas doblando tristemente anunciaron que la fúnebre comitiva se acercaba.

Movióse entonces la muchedumbre; empujéronse impacientes; ganaron mejor puesto algunos y descubriéronse respetuosamente todos.

Habia encargado Carlos V á los Marqueses de Lombay la conduccion de los restos de su imperial consorte, y jamás fué cumplida con mayor fidelidad comision alguna como esta, confiada al joven Marqués Duque de Gandía, Caballerizo hasta entonces de la augusta muerta.

Desde su salida de Toledo no se separó un momento de su lado, y no guarda mejor el avaro su escondido tesoro que el Duque custodiaba aquel féretro.

Grave y severo en su aspecto, nada revelaba exteriormente que no fuera el respeto y natural tristeza del fiel servidor; pero bajo la com puesta vestidura del cortesano existia el hombre... y en la íntima profundidad de su alma tenia lugar una dramática escena.

Figuraros un amor inspirado por una hermosísima mujer, en quien la majestad daba mayor realce á todos sus bellos atractivos.

Colocad este amor en un pecho juvenil.

Imaginaos un alma ardiente y soñadora en lucha con lo imposible; combate en que crece el amor con la agonía del que lo siente.

Y luego que hayáis formado idea de esta inmensa pasión, considerad el rayo traidor de la muerte derribando el ídolo adorado, y decidme entonces con qué amarga desesperacion hiera el alma cada instante que huye y con qué horrible temor se espera el momento de abandonar para siempre la criatura idolatrada dentro de la negra y helada sepultura!

Todas estas impresiones ocupaban el alma de Lombay, que en aquellos siete dias de jornada habia apurado todas las fases del dolor, y

del propio modo que el desesperado paciente cansado de sufrir halla instantes de incomprensible placer rasgando su herida, queria el joven Marqués mitigar sus dolores con sus mismas penas y encender esperanzas en las frias cenizas de sus ilusiones!

—«Voy á verla por última vez... se decia, pero voy á mirarla como nunca pude hacerlo.

«Cerca... muy cerca... sin que el respeto baje mis párpados acortando los momentos de mi ventura.

«Sin que pertenezca á otro... sin que á nadie miren sus cerrados ojos... sin que lata por nadie su parado corazón... sin que nadie ocupe su pensamiento que no existe en su cerebro.

«Siempre detuvo mi ardiente anhelo la odiada posesion de un dueño venturoso! ¡Hoy ya es libre! ¡Sí! ¡Nada hay más libre que un cadáver!

«Nunca he podido sin caer en el ultraje lograr siquiera que supiese que la adoro... y hoy sin que mi labio pronuncie una frase, su espíritu lo verá en mi alma.

«¡Oh!... si todo es eternidad para el espíritu... eternamente se tendrá que acordar de este ferviente amor mío!

«La última mirada, la última en que mi alma retrate su belleza que aun ha de parecerme más interesante al verla pálida y dormida en el eterno sueño.»

En estas últimas ideas... si ideas pueden llamarse las hijas de tan doloroso desvario, llegaron al punto donde hoy se eleva una blanca y sencilla Cruz, como recuerdo del suceso que dió origen á esta tradicion.

Habia llegado el instante de descubrir el cadáver y tomar acta de la entrega.

Levantaron la pesada tapa de plomo y agolpó la curiosidad á los más cercanos.

En aquel supremo instante, el alma entera del Duque acudió á sus ojos y huyó por un momento todo vigor de vida de sus demás sentidos para concentrarse en su mirada.

Entonces... ¡ay! entonces... algo del hielo de aquellos frios restos recorrió las fibras todas de su cuerpo: y aquellos sentidos, antes suspensos, volvieron á su sér llevando implacables al espíritu abatido todas las más crueles sensaciones.

El horrible aspecto: la helada rigidez: la fetidez irresistible y las exclamaciones de repugnancia de los concurrentes... entraron en tropel en aquella alma soñadora y arrancaron una á una sus ilusiones más queridas!

¿Quién puede describir fielmente la angustia del Duque de Gandía en aquel momento terrible?

¿Qué frases bastan á representar las impresiones íntimas de un alma en tan horroroso trance?...

¡Tambien el amor muere al contagio de un cadáver!

¿Cómo habia de existir un instante más la ilusion inspirada y acrecentada por la belleza ante aquella horrible fealdad?

¿Qué atraccion podia existir hácia lo repugnante?

¿Qué calor de fantasía habia de resistir aquella helada podredumbre?...

Intimidado á jurar el Duque sobre la identidad de aquel cadáver, apenas pudo balbuciente afirmar que el cuidado y diligencia tenidos en su custodia eran los únicos fundamentos para poder asegurar que *aquello...* era la Emperatriz!

Turbios sus ojos, sin color la faz, comprimido el pecho y sin más señal de vida que el esfuerzo para no caer desplomado al peso de su desventura, presenció el de Gandía lo restante de la escena.

Si es dado á nuestra mente conocer los misteriosos estados de un alma; si es lícito hundir el escalpelo de la razon en un espíritu, podremos afirmar que el alma que sufre tan inmensa impresion, sin romper los lazos que á la vida la sujetan, no tiene más que dos caminos que seguir; ó el peso que la oprime la hunde en el profundo abismo de la imbecilidad ó una vigorosa reaccion la impele á la altura gigante del misticismo.

Estos caminos se abrieron al espíritu de Borja y eligió el suyo en el acto.

Pero lo que en otra alma menos privilegiada hubiera sido arrebatado y delirante hasta llegar al más exagerado extremo, sucedió en la suya de distinta manera. Ni la energia del espíritu borró la helada impresion de su desengaño, ni esta consumió las fuerzas y el vigor del alma.

Era Borja como los volcanes coronados por eternas nieves.

Ni el fuego de sus entrañas derrite el hielo ni la nieve apaga el volcan.

Por esto en aquella ocasion un voto solemne decidió su voluntad; y cuando con lúgubre sonido cayó para siempre la tapa de plomo sobre aquel ataúd, quedaron en él sepultados junto á los restos de una que fué hermosa mujer... los deseos, ilusiones, afectos y atractivos todos de lo mundano que habia hasta entonces guardado el alma de un hombre!

Entonces al hacer el solemne voto de consagrarse al amor divino, único manantial que puede apagar la sed de eternidad que debió sentir en aquel momento de hastío y repugnancia para todo lo que del polvo nace y en él se convierte... entonces sembró en su alma D. Francisco de Borja el grano de oro que oculto en la tierra llega con el tiempo y

el cultivo á germinar esbulto, ostentando al fin la dorada espiga en que multiplicado reaparece.

No es de este lugar, ni cabe en las cortas dimensiones de este humilde trabajo, referir de qué manera fué germinando y creciendo la semilla; bástanos recordar que fué fecunda, considerando que renunciados sus títulos y honores y despidiéndose de todo lo mundano entró en la comunidad religiosa que entonces parecía más fielmente afecta al servicio de Dios; que en 1551 cantaba su primera misa el que se llamaba ya el P. Francisco, y que el Papa Clemente IX antepuso al nombre del que había renunciado los pomposos títulos que le seguían... la palabra *santo!*

Cuantas veces hemos pasado junto á la *Cruz Blanca* del Triunfo, hemos sentido una viva impresion, superior á las que producen las infinitas tradiciones de que tan rica es Granada; porque en ninguna como en ella recordamos escena más íntima de un alma ni de mayores y trascendentales consecuencias para un sér humano.

Débase á esta irresistible atraccion de lo interesante, el olvido en que pusimos nuestras escasas fuerzas al elegir un asunto en que el filósofo y el poeta pudieran seguramente encontrar las bellezas y pensamientos profundos que se han escapado á nuestra pobre mente y humilde fantasía.



# INDICE.

	PÁGINAS.
Acta de la sesion. . . . .	3
Palabras pronunciadas por D. Antonio Lopez Muñoz, Presidente del Liceo. . . . .	7
Discurso leído por el Excmo. Sr. D. José María Jaudenes, Presidente del Jurado. . . . .	13
PRIMER TEMA.	
PREMIO.—Rendicion de Granada y entrada en ella de los Reyes Católicos, por D. Carlos Luis Cuenca. . . . .	23
ACCESIT.—Rendicion de Granada y entrada de los Reyes Católicos, por D. Juan Tejon Rodriguez . . . . .	33
MENCIONES HONORÍFICAS.—Rendicion de Granada y entrada en ella de los Reyes Católicos, por D. Francisco Javier Gosalvez . . . . .	51
TERCER TEMA.	
PREMIO.—Al héroe de la Caridad San Juan de Dios, poesía de la Sra. D. <sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez. . . . .	73
ACCESIT.—Oda á San Juan de Dios, por D. Aureliano Ruiz. . . . .	79
CUARTO TEMA.	
PREMIO.—Roma pagana, poesía de la Sra. D. <sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez. . . . .	85
QUINTO TEMA.	
PREMIO.—La Cruz Blanca, tradicion granadina por D. José Acosta y Werter. . . . .	91
ACCESIT.—La Cruz Blanca, tradicion granadina por D. Carlos Luis Cuenca. . . . .	101